

SERVICIO
SECRETO

SS

EL ASESINO DE LA TORRE EIFFEL

Adam Surray





SERVICIO SECRETO



ADAM SURRAY

EL ASESINO DE LA TORRE EIFFEL

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.513

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 22.015 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1979

© Adam Surray - 1979

Texto

© R. Cortiella - 1979

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Dominique *Bouquet* esbozó una sonrisa, divertida por el grupo de turistas que se apretujaban en la tercera plataforma de la torre Eiffel. Moviendo de un lado a otro la cabeza para seguir las indicaciones del guía. Tratando de descubrir la Plaza de la Estrella, con su Arco del Triunfo, hasta la Plaza de la Concordia con su no menos famoso Obelisco. Unidos por los paradisíacos Campos Elíseos.

El guía centró su plática en la torre Eiffel.

Primero hizo un poco de historia remontándose al día de la inauguración de la torre por Eduardo VII, rey de Inglaterra. Luego cometió el grave error de hablar de cifras.

Nueve millones de kilogramos de peso. Dos millones y medio de tomillos. Tres plataformas accesibles al público. La primera a cincuenta y siete metros, la segunda a ciento quince y la tercera a doscientos setenta y seis.

Una vieja dama norteamericana solicitó la transformación de esos metros en yardas. Otra turista en pies. Los kilogramos en libras...

El guía terminó maldiciendo en lengua vernácula.

Y segundos más tarde se daba por finalizada la visita. El grupo de turistas abandonó la tercera plataforma utilizando escaleras y ascensores.

Dominique *Bouquet* consultó por enésima vez la diminuta esfera de su reloj de pulsera.

Ya pasaban diez minutos de la hora convenida.

En el rostro de Dominique fue visible la mueca de irritación. No sólo por la falta de puntualidad, sino por el lugar elegido para la cita.

La torre Eiffel.

Aquella mole ferruginosa pisoteada por rebaños de turistas en

continuo ir y venir.

Dominique extrajo del bolso la cajetilla de Dunhill.

Se llevó un cigarrillo a los labios.

Accionó una y otra vez el encendedor de oro Cartier Plaqué. Sin conseguir hacer brotar la llama.

—¿Me permite?

Dominique alzó la mirada.

Un individuo sonreía cordialmente ofreciendo la llama de un encendedor. Dominique aceptó.

—Gracias. Debo haber terminado la carga.

Succionó el cigarrillo exhalando un par de bocanadas.

El hombre jugueteó con el encendedor. Sus manos, a pesar del calor reinante, estaban enfundadas en guantes de negra piel.

—París es maravilloso, ¿verdad, señorita? —dijo el individuo—. Todos los días vengo aquí. La torre Eiffel es uno de mis lugares preferidos. En especial esta tercera plataforma.

Dominique sonrió irónica.

También sus ojos adquirieron un brillo burlón.

Había catalogado al individuo.

Joven, atractivo, educado... El clásico *gigoló a la caza de turistas ricas y maduras*.

Y creía haber encontrado en Dominique *Bouquet* una presa fácil.

Ciertamente su aspecto era el de una mujer rica. El elegante vestido era un modelo exclusivo de una de las mejores tiendas del Faubourg Saint-Honoré. Los pendientes y la sortija no lucían brillantes de imitación.

Y también podía considerarse una mujer madura. Treinta y ocho años de edad. Su cuerpo aún mantenía un cierto atractivo, pero los cuidados cosméticos no ocultaban por completo las lógicas arrugas de su rostro.

Dominique, sin responder al comentario del individuo, se despidió con una leve sonrisa.

Deambuló por la tercera plataforma.

Un sol tórrido castigaba con rigor el gigantesco almacén metálico. El calor resultaba sofocante.

Una pareja de recién casados abandonó la plataforma.

Dominique volvió a consultar el reloj.

Esperaría tan sólo cinco minutos más.

Dio un par de vueltas al contorno.

Y por segunda vez cruzó por delante del individuo de los guantes negros.

Se percató de que la seguía con la mirada. El hombre continuaba jugueteando con su encendedor.

Dominique no inició la tercera vuelta.

Habían quedado solos en la plataforma.

Ella y el individuo de los guantes negros. Aunque seguro que por poco tiempo. Pronto llegarían nuevos visitantes. Otros grupos de turistas.

Dominique se apoyó en una de las columnas de hierro.

Lejos de la baranda.

Bajo una protectora sombra.

—Señorita...

Dominique dio un respingo.

La voz había surgido a su espalda. Muy próxima. Susurrante. Casi quemándole la nuca.

Otra vez él.

El individuo de los guantes negros.

—Estoy esperando a mi marido. Le ruego que no...

Dominique enmudeció.

El hombre ya no jugueteaba con el encendedor.

Sus enguantadas manos sostenían ahora un largo estilete. De estrecha y longitudinal hoja. La empuñadura simulaba una serpiente enroscada cuya cabeza servía de remate.

Los ojos del individuo tenían ahora un siniestro brillo. También su atractivo rostro aparecía deformado por una cruel mueca.

Dominique intentó retroceder, pero su ademán fue bruscamente cortado.

La zurda del individuo, como una auténtica zarpa, la atenazó por la garganta proyectándola contra una de las columnas de hierro. Y la mano derecha hundió el estilete en el vientre de Dominique.

Una y otra vez.

Salvajemente.

El grito de la mujer no fue audible. Aquella zarpa en su garganta sólo dejó escapar roncós estertores.

El individuo soltó a su víctima.

Dominique cayó pesadamente. Con su elegante vestido del

Faubourg Saint-Honoré bañado en sangre.

Quedó inmóvil.

Con los ojos muy abiertos, aunque ya velados por el fantasma de la muerte. El asesino quiso asegurarse.

Alzó la mano derecha.

Del estilete saltaron varias gotas de sangre.

Descargó brutalmente la hoja hasta hundirla en el seno izquierdo de Dominique. Para completar su sadismo clavó el estilete en la entreabierta boca de la infortunada mujer.

CAPÍTULO II

France Soir, Le Figaro, Le Monde y demás periódicos se hacían eco del asesinato de la Torre Eiffel. La noticia había quedado reflejada el mismo día del suceso. Los vespertinos la insertaron en sus últimas ediciones.

Al día siguiente, con mayor profusión de datos, los diarios de la mañana publicaban una fotografía de la víctima: Dominique *Bouquet*. Y también una semblanza de la saga de los *Bouquet*. Los creadores de la más importante fábrica de tejidos de Francia. La *Bouquet & C^{ie}*, tenía su sede en París, con sucursales en Lyon, Marsella, Burdeos, Toulouse, Nantes y demás importantes ciudades.

Claude *Bouquet* presidió el duelo.

El viejo luchador.

Con las facciones crispadas. Conteniendo con dificultad las lágrimas cuando el ataúd fue introducido en el panteón familiar. Era el último adiós a Dominique. A su única hija.

La señora de *Bouquet* no acudió al funeral.

La triste noticia había atacado duramente a su enfermo corazón siendo necesario el internamiento en una clínica.

El corazón de Claude *Bouquet* también estaba enfermo. Cansado de aquellos sesenta y cuatro años de lucha. Una fatiga que también se acusaba ahora en su rostro, surcado por entrelazadas arrugas. Sin embargo sus ojos tenían un fuerte brillo, delatando un oculto vigor.

Al lado de Claude *Bouquet* se encontraba Pierre Vivet.

El marido de la infortunada Dominique.

Un hombre joven. Atractivo. Incluso con aquella marcada palidez que convertía su rostro en una máscara de cera.

Y tras ellos, en aquella postrera despedida a Dominique, cientos de personas. Miembros del Consejo de Administración, directores de sucursales, jefes de departamentos, empleados... También altas autoridades se habían dado cita allí, testimoniando su pesar a

Claude *Bouquet*.

La ceremonia fúnebre estaba próxima a finalizar.

El reverendo murmuraba las últimas oraciones.

Claude *Bouquet* se volvió.

Con rapidez.

Su pelo, abundante aunque ya blanquecino, se alteró al recibir una ráfaga de aire.

Se abrió paso.

A grandes zancadas, causando estupor entre los presentes.

Los periodistas que esperaban fuera del camposanto no se atrevieron a importunarle. Se limitaron a disparar sus cámaras. Distantes de *Bouquet*. Más que respeto por el dolor del anciano les impresionaba las desencajadas facciones de Claude *Bouquet*.

Un uniformado individuo abrió la portezuela trasera del Rolls Royce. Un lujoso «Silver Shadow» de cuatro puertas y cinco plazas.

Claude *Bouquet* se precipitó al interior del auto.

—¡No esperamos a nadie, Femand! ¡En marcha!

El uniformado conductor obedeció de inmediato ocupando el asiento frente al volante.

El Rolls Royce sorteó con habilidad el elevado número de vehículos estacionados en la zona.

—No vamos a casa, Femand —dijo *Bouquet*, reclinándose cansinamente en el asiento—. Enfila hacia Montmartre.

Femand Stordeur llevaba muchos años al servicio de los *Bouquet*. Conocía bien a la familia. Muy pocas veces se asombraba de las decisiones, pero en aquella ocasión una leve mueca de estupor se reflejó en el rostro del conductor.

No hizo ningún comentario.

¿Montmartre?

Bien.

Se limitaría a obedecer.

Las calles de París, en aquellas horas de la tarde, no ofrecían el habitual caos de tráfico.

El día era plomizo.

Gris.

La fina lluvia del amanecer aún parecía mantenerse sobre el asfalto; pero era aquélla una falsa impresión. Había cesado de llover. Dentro de pocas horas los bulevares se colmarían de

paseantes, las tertulias en las terrazas de los cafés y las pequeñas orquestas adquirirían su sempiterno esplendor.

Poco importaba el día gris.

En París siempre es primavera.

—Hacia la Place Pigalle, Femand.

Stordeur ladeó la cabeza.

Había oído perfectamente; sin embargo, inquirió:

—¿Cómo ha dicho, señor?

Claude *Bouquet*, reclinado en el asiento y con los ojos cenados, permaneció inmóvil. Respondió sin abrir los ojos.

—Place Pigalle. Vamos al 233 de Rué Larme. Ya estaban en Montmartre.

El pequeño Montmartre pródigo en *cabarets*, *boîtes*, *clubs* y *tugurios*. *Calles estrechas que formaban un auténtico laberinto. Alegres zonas verdes contrastando con callejuelas sucias y poco recomendables.*

Rué Larme a poca distancia de Place Pigalle.

Era una calle amplia, adornada con árboles. Casas pequeñas, como la mayoría de las existentes en Montmartre.

El Rolls Royce frenó ante el 233.

Una casa de cuatro plantas. Fachada bien conservada.

Lateralmente a la puerta de entrada surgía una escalera que conducía a un sótano vivienda.

Femand Stordeur abrió la portezuela para facilitar la salida del anciano.

—Espera aquí, Femand.

—Sí, señor.

Claude *Bouquet* descendió la escalera.

Seis peldaños conducían hasta una puerta.

Pulsó el llamador.

Transcurridos unos segundos volvió a presionar el timbre.

No recibió respuesta.

Claude *Bouquet* no pareció darse por vencido. Mantuvo su dedo índice sobre el llamador, pulsando una y otra vez.

La puerta se entreabrió.

Asomó el rostro de una mujer.

Una mulata.

Muy joven.

Su bello rostro no disimulaba la mueca de disgusto.

—¿Qué quiere?

—Busco a Patrick Rouch.

—No está.

Claude *Bouquet*, antes de que la muchacha cerrara la puerta, tendió su diestra.

—Entrega mi tarjeta a Rouch.

—Ya le he dicho que no está —respondió la mulata—. ¿Por qué no acude mañana al despacho del señor Rouch?

—Tenga la tarjeta, señorita. Esperaré aquí.

Los gordezuelos labios de la joven dibujaron un mohín. Su brazo derecho asomó fugaz para recoger la cartulina.

Cerró la puerta.

—¿Qué ocurre, Viviane? —inquirió una voz.

—¡Un pelmazo!

—¡Mándale al diablo!

La mulata rió.

—¡Ya lo he hecho, Patrick!

La muchacha avanzó por aquella especie de *living-salón-comedor*. A la izquierda quedaba la puerta que comunicaba con la cocina. Al otro lado el dormitorio y el cuarto de baño.

Viviane se detuvo bajo el umbral.

Patrick Rouch, tumbado sobre el lecho y con un cigarrillo en los labios, sonrió al contemplarla.

—¿Cómo has conseguido que se largue, Viviane? Al verte así pocos hombres darían marcha atrás.

La joven estaba totalmente desnuda. Mostrando sin rubor la perfección de su cuerpo. En los senos breves y erguidos destacaba la saliente redondez de los pezones. Su vientre era liso. La cintura en sensual contraste con la pronunciada curva de las caderas.

Una diosa de ébano.

—¿Crees que me he dejado ver? ¡Sólo he asomado la cabeza!

—Lo suponía. El que quiera verte que pague su entrada en *Le Sifflet*. Tú jamás haces un *striptease gratuito*.

—¡Muy gracioso! —La joven se aproximó, sensual—. ¿Seguimos, Patrick?

No esperó respuesta.

Buscó los labios de Patrick Rouch casi sin darle tiempo a arrojar el cigarrillo.

Se unieron en largo y volcánico beso.

Viviane deslizó sus labios.

—Déjame sitio, Patrick...

—¿Qué es esto?

La muchacha, que seguía sus besos por el pecho de Rouch, alzó la mirada.

—¿El qué?... Ah... Olvídalo... Es la tarjeta que me dio el pelmazo.

Patrick Rouch dio un respingo sentado en el lecho. Aquel brusco movimiento hizo caer a Viviane.

—Maldito seas... ¿Qué te ocurre?

—¡Es Claude *Bouquet*! ¡Claude *Bouquet*! ¿Qué quería?... ¿Qué le has dicho?

Viviane se había levantado del suelo acariciándose el trasero.

—Quería hablar contigo. Aún debe estar esperando. Parecía muy seguro de que ibas a recibirle.

—Tienes tres segundos, nena.

—¿Tres segundos? Oh, no... Hay que hacerlo despacio, Patrick.

—Nada de sarcasmos —Rouch saltó del lecho—. Dentro de tres segundos te quiero fuera del apartamento.

—¿Hablas en serio? —Parpadeó Viviane contemplando como Rouch se precipitaba hacia el cuarto de baño—. Sí... El muy puerco habla en serio.

Viviane rebuscó por entre las sábanas su diminuto *slip*.

El vestido estaba sobre una de las sillas.

—¿Aún estás aquí? —Patrick Rouch retomó abotonándose una camisa de seda natural, a juego con el pantalón azul marino—. Lárgate, Viviane. Y utiliza la ventana de la cocina.

—¡Bastardo!

Patrick Rouch extrajo del armario una chaqueta de lino color crudo. Se la ajustó con rapidez.

Viviane le contemplaba con los brazos en jarras. Sin subir el cierre delantero del vestido. Asomando sus erectos senos.

Rouch atrapó a la muchacha por el brazo, conduciéndola fuera de la estancia.

—No te enfades, Viviane. Te prometo una cena en Maxim's. ¿De acuerdo?

—¡Hijo de...!

Patrick Rouch ya no pudo oír el insulto.

Había empujado a Viviane al interior de la cocina cerrando seguidamente.

A grandes zancadas pasó al salón. Retiró unos vasos, latas de cerveza y una botella de *whisky* a medio consumir. También limpió el cenicero repleto de colillas.

Abrió la puerta del apartamento.

Sí.

Allí estaba Claude *Bouquet*.

El todopoderoso *Bouquet*.

Patrick Rouch le reconoció al instante. Máxime después de que algunos periódicos publicaran la fotografía del magnate en primera plana.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—¿Es usted Patrick Rouch?

—En efecto. ¿Quiere pasar, señor *Bouquet*?

Claude *Bouquet* aceptó la invitación adentrándose en el salón. Posó de nuevo sus ojos en Rouch. Inquisitivos. En penetrante mirada. Estudiándole.

Patrick Rouch frisaba en los treinta años de edad. De seguro aún no los había alcanzado. Pelo negro, alborotado y cubriendo la nuca hasta rozar el cuello de la chaqueta. Ojos oscuros, aunque dotados de un brillo ágata. La nariz perfilada. Labios de fino trazo. De alta estatura y complexión atlética.

—No le hacía tan joven, Rouch. Imaginaba al mejor detective de Francia como un hombre maduro.

Patrick Rouch esbozó una sonrisa. Señaló uno de los sillones a *Bouquet* para que tomara asiento.

—La edad poco significa, señor *Bouquet*. En todas las profesiones. Uno puede desempeñar un mismo trabajo durante años y ser igual de torpe que el primer día. Llevo tres años como investigador privado. No soy un veterano, pero sí uno de los mejores detectives.

Claude *Bouquet* trazó una superficial mirada por la estancia.

—He estado en su despacho de los Campos Elíseos esta misma mañana. Fue su amable secretaria la que me proporcionó esta dirección. Despacho y vivienda no parecen corresponder al mejor detective de Francia.

—Vuelve a cometer un error, *Bouquet*. Limitarse a juzgar por las apariencias es propio de personas poco inteligentes.

—Estoy aquí, Rouch. Y eso significa que he catalogado perfectamente su valía. Me he informado sobre usted. Jamás creí que llegaría a requerir sus servicios. Conozco a Henry Valois. Fue él quien me habló por primera vez de usted. Sin cesar de alabarle. Donde había fracasado la Pólice Nationale triunfó Patrick Rouch.

—Fue un caso de suerte.

—Lo cierto es que rescató con vida a la hija de Valois. Y dejó a su raptor con una, bala entre ceja y ceja. También sé que rechazó cincuenta mil francos ofrecidos por Jean Prussac. Sólo tenía que conseguir pruebas del adulterio de la señora de Prussac.

—Era un trabajo demasiado... sencillo —sonrió Rouch—. No acostumbro a aceptar todo cuanto se me ofrece. Incluso en ocasiones el nombre del cliente ya es suficiente para rechazar el caso. De ahí que mi despacho no sea lujoso y mi apartamento se limite a esto.

—Apuesto a que puede adquirir un apartamento en la zona más aristocrática de París. Rouch volvió a sonreír.

—Por nada del mundo abandonaría Montmartre.

—Quiero pedirle disculpas por presentarme aquí. Su secretaria quiso concederme una cita para mañana en su despacho; pero no podía esperar... Hace menos de una hora que he presidido el entierro de mi hija.

—Estoy al corriente de lo sucedido, señor *Bouquet*.

Entonces también conocerá el motivo de mi visita. Quiero que encuentre al asesino, Rouch. ¡Quiero que le dé caza antes que la policía! ¡No tenga piedad! ¡Mátelo como a un perro!

CAPÍTULO III

Patrick Rouch encendió un cigarrillo.

Exhaló una bocanada de humo.

Fija su mirada en el crispado rostro de *Bouquet*.

—No acepto.

—Va a determinar usted mismo la cantidad, Rouch. Un cheque en blanco. Puede poner la cantidad que...

—No siga, *Bouquet*.

—¿Por qué no acepta?

—Usted no quiere contratar los servicios de un detective, sino los de un verdugo.

Claude *Bouquet* parpadeó, aturdido.

—Yo... creí...

—Sin duda está recordando el caso Valois. Ciertamente liquidé al raptor. Disparé en defensa propia. Una fracción de segundo antes que él. Tiré a matar. Eso sí lo reconozco. Henry Valois había pagado el rescate, pero continuaba sin tener noticias de su hija. El secuestrador no pensaba entregarla con vida. Después de abusar de la pequeña se disponía a matarla. La hija de Valois tenía doce años de edad. Quise ahorrar a la niña la vergüenza de declarar en un juicio.

—¿Cree acaso que el asesino de mi hija merece un juicio? ¡Se ensañó con ella, Rouch! ¡La apuñaló una y otra vez! Y luego... luego le hundió el arma en la boca. ¡Sádicamente!

—Señor *Bouquet*...

Claude *Bouquet* ocultó el rostro entre sus manos.

En ahogados sollozos.

Patrick Rouch se incorporó para acudir al mueble-bar.

Sirvió una copa de *brandy* que depositó sobre la mesa. Al alcance de *Bouquet*. Éste reaccionó a los pocos segundos.

Alzó la mirada.

Las arrugas parecían haberse acentuado en su rostro.

—Discúlpeme...

—No debería estar aquí, *Bouquet*. Usted mismo me ha informado de que acaba de enterrar a su hija. No es momento de hablar del asesino. El dolor debe anteponerse al odio. Acuda junto a su esposa para proporcionarse mutuo consuelo.

—Mi mujer ha sido internada, Rouch. Está muy delicada. Puede que no se recupere. Tampoco yo... Dominique lo era todo para nosotros. Y ahora está muerta —los nublados ojos de Claude *Bouquet* adquirieron un súbito brillo—. No puede prohibirme el odiar al asesino, Rouch. Ese odio es el que me mantiene en pie. Y quiero que el asesino pague su crimen.

—No escapará a la justicia.

El rostro de *Bouquet* esbozó una sonrisa.

Una amarga mueca.

—Fue un error sugerirle... Sí. Era una equivocación. Es mejor que el asesino camine hacia la guillotina. Descubra al culpable, Rouch. Entréguelo a la policía. Vivo... o muerto.

—¿Quién lleva las investigaciones oficiales?

—El inspector Pierson.

—Le conozco. Han designado al mejor elemento de la policía. Confíe en él, *Bouquet*. El asesino no tardará en ser capturado.

—¿No acepta?

Patrick Rouch aplastó el cigarrillo.

—Han transcurrido poco más de veinticuatro horas desde que se cometió el crimen. De seguro la policía ya tiene sospechoso, pero necesita más tiempo.

—Quiero que usted se encargue del caso, Rouch. Si el inspector Pierson detiene al culpable, tanto mejor; pero me temo que no le resultará tan sencillo.

—¿Qué trata de insinuar?

Bouquet entornó los ojos.

Su voz enronqueció.

—El asesino iba contra mí, Rouch. Quería causarme el mayor daño. Y lo ha conseguido. Tengo muchos enemigos. Dentro y fuera de la *Bouquet & Cia*. Y también cuento con un grupo de ambiciosos. Mi sobrino Marc, mi yerno...

Patrick Rouch chasqueó la lengua.

Movió de un lado a otro la cabeza.

—Un momento, *Bouquet*... Según he leído en los periódicos desapareció el bolso de mano de su hija. Todo parece indicar que el móvil fue el robo.

—Investigue, Rouch. Encontrará otras hipótesis.

El detective guardó silencio.

Enfrentándose a la ahora dura mirada de *Bouquet*.

—Quiero asegurarme que su decisión es firme, *Bouquet*. Que no está motivada por su actual estado de ánimo. Si dentro de un par de días requiere mis servicios aceptaré el caso.

—Serían dos días perdidos. Dos días más para el asesino. Mi decisión es firme. Si no acepta ahora mismo buscaré a otro detective.

—¿Por qué no confía en la policía?

—No dudo de la capacidad del inspector Pierson; pero creo que sigue un camino equivocado. Un hombre sólo podría investigar entre los miembros de mi familia o los del Consejo de Administración sin levantar sospechas. Yo le daría carta blanca para actuar, Rouch.

—¿Tiene algún sospechoso en particular?

Bouquet dudó.

Levemente.

—No...

—De acuerdo. Acepto el caso. Mis honorarios son quinientos francos diarios más los gastos. Con un anticipo de dos mil francos.

Claude *Bouquet* extendió un cheque por la última cantidad mencionada.

Firmó otro talón.

En blanco.

—Capture al asesino y ponga usted mismo la cantidad.

—Ya le he señalado mis honorarios —Rouch rechazó el cheque en blanco—. Más la minuta de gastos a presentar. Sólo eso.

Claude *Bouquet* se incorporó. Cansinamente.

—Es usted un hombre sorprendente —el magnate tendió su diestra a Rouch—. Le admiro.

Patrick Rouch le acompañó hasta la puerta.

Esperó a que Claude *Bouquet* se introdujera en el Rolls Royce para retomar al apartamento.

Se dejó caer en el sofá.

Por unos instantes permaneció inmóvil.

Pensativo.

Atrapó el teléfono depositado sobre la cercana mesa marcando un número en el disco. Empezaba a trabajar en el caso *Bouquet*.

Bemadette era maravillosa.

Aquel moderno peinado resaltaba la perfección de su ovalado rostro. Ojos almendrados. La nariz ligeramente respingona. Labios húmedos y de suave curva. Vestía un conjunto de casaca y pantalón de algodón blanco. La casaca de cuello redondo, sin mangas y con un cierre de cremallera delantero. Todo muy favorecedor. Máxime a sus veinticuatro años.

—Me había jurado no volver a pisar tu pocilga, Patrick.

Rouch sonrió.

—Éste es un trabajo especial.

—Ya suponía que aceptarías. Cuando Claude *Bouquet* se presentó en el despacho, tan interesado en hablar contigo, no dudé en darle tu domicilio particular. Sabía que te encontraría aquí. Con Carole, Eva, Viviane o cualquier otra de tus selectas amistades.

—¿Celosa?

—¡Vete al cuerno! —La muchacha rechazó la proximidad de Rouch—. Ahí tienes la información solicitada.

—Eres la más eficaz de las secretarias, Bemadette.

—Me ha llevado horas reunir estos datos y redactar el informe. Aún no he cenado. ¿Puedo irme ya?

—Te invito a cenar —Patrick Rouch tomó asiento en el sofá comenzando a pasar las hojas de un cuaderno de anillas—. Prepárame un *whisky*, Bemadette. Esto es muy largo.

La joven obedeció a regañadientes.

Sobre la mesa depositó un vaso de *whisky*. Ella se sirvió una copa de Cointreau. Tomó asiento junto a Rouch.

—Hazme un resumen, Bemadette. Terminaremos antes. Empieza por hablarme de Dominique.

—Era la única hija de los *Bouquet*. Contaba treinta y ocho años de edad. Su vida transcurrió placentera. Mimada y con todos sus deseos hechos realidad. Incluido su matrimonio con Pierre Vivet, un empleado de la empresa diez años más joven que ella. Claude *Bouquet* se opuso, pero Dominique se salió una vez más con la suya.

—¿Qué edad tiene Pierre Vivet?

—Veintiocho. Ya te lo he dicho. Diez menos que Dominique.

—¿Cuánto tiempo llevaban de matrimonio?

—Dos años. Pierre Vivet, de simple empleado, pasó a jefe de departamento; ejecutivo en ventas y actualmente forma parte del Consejo de Administración.

—Un buen braguetazo.

Bemadette sonrió.

—Ésas eran las sospechas de Claude *Bouquet*; pero Vivet ha demostrado ser un hombre de gran capacidad.

Por supuesto que su rápido ascenso es motivado por su unión con Dominique; sin embargo no es un inepto.

—¿Desavenencias conyugales?

—No. Todo perfecto. Al menos aparentemente. Dominique no podía tener hijos, pero eso no parecía enturbiar el matrimonio.

—Una vida placentera, mimada... que culmina con una muerte cruel y violenta. Bemadette asintió respirando con fuerza.

—Cierto. Acabo de echar un vistazo a los vespertinos de hoy. Amplían algunos datos. El cuerpo de Dominique presentaba infinidad de heridas. El asesino se ensañó con ella. Ese sadismo parece indicar que conocía a la víctima, que odiaba a Dominique y...

—El detective soy yo —interrumpió Rouch, sonriente—. No saques conclusiones.

—Perdona, Sherlock Holmes.

—Disculpada, Watson.

Rieron al unísono.

—Bien, Bemadette... Pasemos a la familia *Bouquet*.

—Poco hay que decir. Dominique era la única hija. Sólo queda un sobrino de Claude *Bouquet*. Un tal Michel. Un perfecto inútil. Con dificultad y recomendaciones terminó sus estudios universitarios. Forma parte del Consejo de Administración en la *Bouquet & Cié.*; pero más bien como figura decorativa obligado por su tío. Michel *Bouquet* no es amante del trabajo. Sí es cliente habitual en *cabarets* y casinos. Ha tenido problemas con alguna menor. El viejo *Bouquet* logró echar tierra al asunto.

—Deduzco que, con la muerte de Dominique, Michel *Bouquet* queda como único heredero.

—Conecto. Entre Dominique y Pierre Vivet existía separación de bienes.

Patrick Rouch volvió a pasar las hojas del *dossier* facilitado por la muchacha.

Fijó su mirada en un cuadro sinóptico, formado por los miembros del Consejo de Administración de la *Bouquet & Cié*. La mayoría de ellos accionistas de la compañía.

—Vamos a tener que investigar en cada uno de ellos, Bemadette. Claude *Bouquet* me ha insinuado que tiene enemigos dentro de la casa.

—¿Qué iban a adelantar matando a Dominique?

Rouch vació el vaso de *whisky*.

Dejó el *dossier* sobre la mesa.

—Lo ignoro, pero tengo algunas hipótesis. A la muelle de Claude *Bouquet* es posible que la presidencia de la compañía fuera para Pierre Vivet. No sólo por ser su yerno, sino por estar más capacitado que Michel *Bouquet*. Muerta Dominique las posibilidades de Vivet son muy remotas. La presidencia será heredada por Michel. Un pelele según tus informes, ¿no es cierto? Un hombre que sería fácilmente manejado por los demás miembros del Consejo. Y entre esos miembros puede encontrarse el asesino de Dominique.

—¿Por qué no te dedicas a escribir novelas policíacas en los ratos libres? Tienes imaginación, Patrick.

—No compartes mi hipótesis.

—No. Mi mente no es tan retorcida. Dominique fue atacada por un sádico asesino. Un hombre desconocido. Ajeno a la *Bouquet & Cié*. Ella fue la elegida por encontrarse sola en la tercera plataforma de la Torre Eiffel. Igualmente pudo ser una turista alemana.

—Apuesto a que ésa es la teoría del inspector Pierson.

—La más lógica.

—Tal vez esté equivocado, pero nuestro camino va a ser contrario al de Philippe Pierson. Mañana cita a Jacques Dyrek. Quiero que se encargue de investigar a cada uno de los miembros del Consejo de Administración. Situación económica, familiar y demás datos de interés.

—¿Por qué no hablas tú con Dyrek? Es un individuo que me desagrada.

—Yo estaré mañana en el hogar de los *Bouquet*. ¿Qué tienes

contra Jacques? Es un buen elemento. Un fichero humano. Sus medios de información harían palidecer a la Interpol.

—Es su viscosa mirada la que no me gusta. Parece desnudarme con los ojos.

—No le culpes, Bemadette. Con eso soñamos todos.

—Muy gracioso. ¿Nos vamos a cenar?

Bemadette inició el ademán de incorporarse, pero el detective la retuvo por la muñeca.

—Bemadette...

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo llevas conmigo?

—Poco más de seis meses.

—¿Y no crees que ya es tiempo de que nos conozcamos algo mejor?

Patrick Rouch pasó el brazo derecho por los hombros femeninos. Su zurda jugueteó con la anilla de la casaca.

—Yo te conozco muy bien, Patrick.

—Oye, Bemadette... tengo en el frigorífico una lata de caviar y una botella de champán. ¿Por qué no cenamos aquí? Luego un poco de música y...

Rouch había deslizado la anilla de la cremallera.

Hasta el ancho cinturón que complementaba la casaca.

Los erguidos senos de Bemadette asomaron protegidos por un sujetador de media copa.

—¿Y qué más, Patrick?

Rouch besó a la joven, mordisqueando sus carnosos labios.

La zurda de Rouch se había introducido lentamente por la entreabierta casaca. Percibió el turbador contacto. Aquella turgencia firme y cálida. Intentó abarcarla con la mano.

El empujón casi le hizo caer del sofá.

Bemadette se había incorporado.

Con burlona sonrisa subió el cierre de la cremallera.

—Más de seis meses, Patrick Según tu propia confesión las demás secretarías apenas llegaron a las dos semanas. ¿Y sabes por qué? ¡Las otras se quedaban a cenar contigo! ¡Buenas noches!

Él violento portazo hizo cerrar los ojos a Rouch.

Esbozó una sonrisa.

Bemadette era una mujer maravillosa.

CAPÍTULO IV

Boulevard Paraire.

En los arrabales de París.

Una zona residencial pródiga en jardines y amplias avenidas. Pequeñas casas, *bungalows* y palacetes.

La mansión de los *Bouquet* era una magnífica construcción de dos plantas. Dotada de jardín, piscina, pista de tenis e invernadero.

Parte del jardín era visible desde la ventana *bow window* del despacho biblioteca.

—¿Quiere beber algo, Rouch?

—No, gracias. El haberme recibido significa que el señor *Bouquet* le habló de mí, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿Lo aprueba, Vivet?

Pierre Vivet arqueó las cejas.

Era un individuo de conectas facciones. Sus azules ojos y el pelo rubio le proporcionaban un aspecto aniñado. Vestía un elegante traje *knicker bocker* gris.

—¿Qué debo aprobar?

—Soy detective privado. Contratado por el señor *Bouquet* para investigar el asesinato de su hija.

—El señor *Bouquet* no necesita que yo apruebe o rechace sus decisiones; pero sí puedo darle mi opinión. El contratarle lo considero precipitado. Ayer enterramos a Dominique. Lo lógico era dar un margen de confianza a la policía.

—Ése fue también mi consejo al señor *Bouquet*, pero terminó por convencerme.

—No lo dudo.

Patrick Rouch esbozó una sonrisa, percatándose del tono despectivo de su interlocutor.

—No me convenció con dinero, Vivet; pero dejemos eso. Sé que

no es el momento más apropiado y...

—Adelante, Rouch —interrumpió Pierre Vivet, reclinándose en el sillón giratorio—. Dudo que resulte más molesto que el interrogatorio del inspector Pierson.

Patrick Rouch encendió un cigarrillo. También él se reclinó en el confortable sillón situado frente a la mesa escritorio.

—¿Qué hacía su esposa en la Torre Eiffel?

—Lo ignoro. Habíamos quedado citados para almorzar en Le Parrain.

—¿A qué hora?

—Alrededor de la una.

—Su esposa fue asesinada aproximadamente a esa hora. Le Parrain está en Palais Royal. Muy distante de Les Invalides. ¿Qué hacía en la Torre Eiffel?

—Ya le he dicho que lo ignoro.

—Puede que no pensara acudir a la cita con usted.

—Entra dentro de lo posible, No sería la primera vez que faltara.

—¿Sin avisarle?

—Sin avisarme.

Patrick Rouch hizo una breve pausa en el interrogatorio.

Deliberada.

Dirigiendo a Pierre Vivet una penetrante mirada.

—El asesino se llevó el bolso. ¿Tiene alguna idea del contenido?

El inspector Pierson investigó sobre eso. Yo no pude ayudarle, pero sí Josiane Rousset, una de las doncellas de mi mujer. Sólo pudo concretar con certeza un juego de maquillaje, un encendedor de oro Cartier Plaqué con sus iniciales y un llavero también de oro con el signo zodiacal Tauro.

—¿Éste era el domicilio de su esposa?

—Era nuestro domicilio —rectificó Vivet—. Yo aún conservo mi apartamento de soltero, pero Dominique quiso vivir aquí.

—La casa es lo suficiente grande.

—Lo es. También vive aquí el sobrino del señor *Bouquet*. Éste, Michel y yo disponemos de nuestros respectivos despachos. Fuera de nuestro trabajo habitual en la *Bouquet & Cié*, continuamos solucionando asuntos del negocio desde aquí.

—Me gustaría hablar con Michel *Bouquet*.

Pierre Vivet dirigió una irónica mirada al reloj de pared.

—Aún es demasiado pronto para Michel. Suele levantarse para la hora del almuerzo. No es muy...

La puerta del despacho se abrió bruscamente para dar paso a una muchacha que portaba un maletín en su diestra.

—¡Pierre, ya hemos...!

La mujer se interrumpió al descubrir la presencia de Rouch. Un tenue rubor cubrió sus mejillas.

Pierre Vivet se había incorporado de sillón.

—Quiero presentarle a mi secretaria. La señorita Nicole Chassains. El señor Patrick Rouch está investigando de la muerte de Dominique.

El detective también se había levantado.

Intercambió con Nicole las palabras de rigor.

—¿Querías algo, Nicole? —inquirió Pierre Vivet.

—Sí, señor Vivet. Discúlpeme. Creí que se encontraba solo —la turbación de la joven iban en aumento—. El delegado alemán está en la *Bouquet & Cie*, para la firma de los contratos; pero antes quiere matizar algunas de las cláusulas. Duvivier no quiere comprometerse en las respuestas y solicita ayuda.

—¿No está allí el señor *Bouquet*?

—El señor *Bouquet* no ha regresado aún de la clínica.

—Bien... Telefona a Duvivier. Dile que voy para allí. Puedes seguir trabajando en los presupuestos. Deben estar preparados para mañana. Ya sabes dónde encontrar los *dossiers*. Si tienes alguna duda llámame al despacho.

—Sí, señor Vivet.

—Debo irme, Rouch —dijo Vivet, dirigiéndose al detective.

—Si me acompaña podrá continuar con sus preguntas.

—Ya había terminado... por hoy.

—Como prefiera. Buenos días.

Pierre Vivet abandonó el despacho.

Nicole depositó el portafolios sobre la mesa escritorio. Lo abrió para sacar varias carpetas. Sus movimientos eran nerviosos. Consciente de que era observada.

En efecto.

Patrick Rouch no le quitaba ojo de encima, admirando la belleza de la mujer. Muy joven. Con un cuerpo pródigo en curvas bien proporcionadas. No sobrepasaría los veintidós años de edad.

—Tienes que telefonar a Duvivier, Nicole.

—¿Cómo dice...?

Patrick Rouch sonrió aproximándose a la mesa.

—No olvides telefonar a Duvivier.

—Ah, sí... Lo haré dentro de unos minutos. No se me olvida, señor Rouch.

—Lláname Patrick. También tú puedes tutearme. No quiero alterar las costumbres de la casa.

—No le comprendo...

—Al entrar en el despacho no utilizaste el «señor Vivet».

Nicole enrojeció ahora como la amapola.

—No... no me he dado cuenta. Estoy muy nerviosa. Todos lo estamos después de la trágica muerte de Dominique *Bouquet*...

—¿Eres la secretaria particular de Vivet?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Nicole no llegó a responder.

Lo impidió el sonar de uno de los teléfonos depositados sobre la mesa.

La muchacha atrapó el micro.

—¿Sí...?

Nicole volvió a colgar el auricular. Como si no hubiera recibido respuesta a través del hilo.

—Disculpe, señor Rouch.

La joven salió del despacho.

Patrick Rouch fijó su mirada en el teclado del teléfono. Era diferente al de los otros dos. Se trataba de una línea interior.

Acudió al ventanal.

Desde allí pudo ver a Pierre Vivet junto a un deportivo de dos plazas. Y a los pocos minutos apareció Nicole.

Patrick Rouch retornó junto a la mesa.

En el abierto portafolios destacaba un cuaderno de piel negro con ribetes dorados. Se trataba de una agenda. Cada hoja correspondía a un día. Figuraba una serie de anotaciones, citas y compromisos a realizar por Pierre Vivet.

Rouch lo inspeccionó detenidamente.

El día de ayer estaba en blanco. El funeral de Dominique había roto todo compromiso.

El detective volvió la otra hoja.

El día de la muelle de Dominique.

Un día bastante apretado en compromisos para Pierre Vivet. Entrevista a las nueve con un tal Raoul Rigaux, a las diez firma de unas patentes, a las once y treinta minutos reunión en el Consejo de Administración, a la una...

«Torre Eiffel. Almuerzo con Dominique».

Michel *Bouquet* se contempló en el espejo.

La imagen reflejada correspondía a la de un individuo de treinta años. Rostro alargado. Blanquecino. Sus ojos de un gris muy claro, pero dotados de un extraño brillo.

—¿Sigues ahí, Josiane?

—Sí, señor *Bouquet*.

—¡Mi chaqueta...! ¡La de terciopelo color castaño! Josiane volvió a dejar la bandeja del desayuno sobre el desordenado lecho para acudir al longitudinal armario que ocupaba casi en su totalidad una de las paredes de la habitación.

Deslizó una de las hojas correderas del mueble.

Rebuscó entre los varios trajes allí ordenados hasta dar con la chaqueta de terciopelo castaño bruñido.

Pasó al contiguo cuarto de baño.

—Aquí tiene, señor.

Michel *Bouquet* terminó el vigoroso masaje en el rostro. Colocó la afilada hoja de afeitar bajo el grifo del agua.

Silbando alegremente tendió los brazos hacia atrás.

La doncella le ajustó la chaqueta. Hizo ademán de retirarse, pero Michel *Bouquet* giró con rapidez reteniéndola por la cintura.

—Hoy no me has dado el beso de buenos días, Josiane.

La mujer sonrió.

Forzadamente.

Con el miedo reflejado en sus ojos.

—¿Estás temblando? —dijo Michel *Bouquet*, al subir sus manos por la espalda femenina—. No debes tener miedo, Josiane. Tú eres mi favorita. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí...

La respuesta de la mujer fue un ahogado susurro.

—¡Seguro! Y te lo he demostrado. ¿Qué me dices de la pulsera del otro día? Hoy te haré otro regalito...

Josiane permanecía con la cabeza inclinada.

La zurda de Michel *Bouquet* tiró de los cabellos obligándole a alzar el rostro. La besó en la boca.

Josiane percibió como los tirantes del blanco delantal se deslizaban sobre sus hombros. También sintió la mano derecha de Michel manipular en los botones superiores del vestido.

Una fría mano estrujó rudamente sus senos para acto seguido bajar el sujetador.

Michel *Bouquet* continuaba besándola en la boca. La zurda seguía aferrando los cabellos; pero la mano derecha estaba ahora tanteando sobre el cercano lavabo.

En busca de la afilada hoja de afeitar.

El grito de dolor y sorpresa sí fue audible.

El cuerpo de Josiane se estremeció acusando el corte. Retrocedió hasta tropezar con los azulejos del baño.

Los atemorizados ojos de la mujer se posaron en la navaja de afeitar que Michel *Bouquet* sostenía en su diestra. La afilada hoja teñida en rojo.

Josiane se protegió con ambas manos el seno izquierdo.

Ocultando el sanguinolento trazo que se había dibujado sobre él. La sangre se filtró por entre los surcos de sus dedos.

Michel *Bouquet* tiró la navaja sobre el lavabo.

Tenía las facciones desencajadas. En sus ojos un brillo satánico. Su carcajada propia de un demente.

Sin cesar de reír desaforadamente abandonó el dormitorio.

Fue en el espacioso *hall donde se encontró con Nicole Chassains...*

—¡Buenos días, Nicole! ¿Está el apesadumbrado Pierre en su despacho?

El bello rostro de Nicole no ocultó una mueca de desprecio. También se manifestó en su mirada.

—Eres repulsivo, Michel.

—Y tú un encanto —rió Michel *Bouquet*, intentando abarcar la cintura femenina—. ¿Cuándo te decidirás a...?

Las últimas palabras sólo fueron audibles para Nicole.

Rechazó a Michel *Bouquet* alejándose con el rostro rojo como la grana. Las carcajadas del individuo acentuaban el rubor en Nicole.

Al llegar al despacho descubrió a Patrick Rouch bajo el umbral.

Sin duda había presenciado la escena. Y aquella posibilidad

incrementó aún más la turbación en Nicole.

—¿Todavía aquí, señor Rouch?

—Tengo que hacerte algunas preguntas, Nicole.

La muchacha se situó tías la mesa escritorio procediendo a abrir las carpetas. Sin atreverse a mirar al detective.

—No quisiera parecerle poco amable, pero le agradecería que se marchara. Tengo mucho trabajo. Tampoco creo serle de ayuda en su investigación. Si quiere hacer alguna pregunta relacionada con el señor Vivet, diríjase a él.

—Una secretaria fiel, ¿eh, Nicole?

—Correcto.

—¿No te ha interrogado el inspector Pierson?

—¿Por qué iba a hacerlo? Oiga, señor Rouch.

—Sí, Nicole. Ya me voy, pero volveremos a vernos. No lo dudes. Y muy pronto.

Patrick Rouch abandonó el despacho.

Un uniformado mayordomo le acompañó hasta el amplio porche. Minutos más tarde el Peugeot 504 «Cabriolet» conducido por Patrick Rouch dejaba atrás la lujosa mansión de los *Bouquet*.

CAPÍTULO V

Jacques Dyrek abrió el tercer cajón del archivador. Allí estaba la botella de Johnnie Walker.

—No cambias las costumbres, ¿eh, Patrick?

Patrick Rouch, acomodado tras la mesa escritorio, succionó el cigarrillo para seguidamente aplastarlo en el cenicero.

—No estás aquí para beber mi *whisky*, Jacques. Escupe de una vez lo que tengas que decirme.

Jacques Dyrek era un individuo de aspecto insignificante. Podía pasar por chupatintas o vulgar empleado de comercio. Las lentes de miope ocultaban también el inteligente y astuto brillo de sus ojos.

—Tranquilo, muchacho. Todo lleva su tiempo. Tengo a un equipo trabajando para sacar los trapos sucios del Consejo de Administración de la *Bouquet & Cié*.

—Eso no me interesa ahora, Jacques. Esta mañana te llamé para...

—Ah, sí... He seguido tus instrucciones —Dyrek aplicó el gollete de la botella a los labios. Tras chasquear la lengua, añadió—: Dos de mis hombres de confianza montaron guardia frente a la casa de los *Bouquet*. Nicole Chassains salió a las doce horas diez minutos con un portafolios en la diestra. Acudió directamente a las oficinas de la *Bouquet & Cié*. Allí permaneció hasta culminar su jornada laboral. Luego marchó solita a su domicilio. Tiene un pequeño apartamento en el 771 de Rué Morin. Vive con su hermano.

—¿Qué has averiguado de ella?

Jacques Dyrek se dejó caer en uno de los butacones de armazón metálico que adornaban el despacho.

—Todo y nada. Es una muchacha de vida y costumbres normales. Nació hace veintidós años en Lyon. Cursó estudios de informática, secretariado e idiomas. Trabajó en la Sylvain de Lyon. Hace dos años se trasladó a París consiguiendo plaza de secretaria

en *Bouquet & Cié*.

—¿Recomendada por alguien?

—No. Se presentó junto con otras muchachas más en respuesta a una demanda de trabajo publicada en la prensa por *Bouquet & Cié*. Después de un corto periodo pasó a ser secretaria particular de Pierre Vivet. ¿Por qué te centras en ella, Patrick?

Rouch se encogió de hombros.

Con burlona sonrisa.

—No tengo nada mejor.

—Te sugiero a Josiane.

—¿Quién?

Jacques Dyrek se atizó otro trago de *whisky*.

—Josiane Rousset. Hasta hoy era una de las doncellas al servicio de la familia *Bouquet*. Se despidió esta misma tarde. Ni tan siquiera esperó a que le fuera abonada la mensualidad. Parecía tener mucha prisa en salir de allí.

—Eres un tipo formidable, Jacques. Dame el domicilio de Josiane Rousset.

—El 513 de Rué Sentier. En Villete.

—¿Algo más?

—He entregado a Bemadette una copia de la autopsia efectuada a Dominique *Bouquet*. Nada interesante. El arma utilizada, un largo cuchillo de estrecha hoja, fue contundente. Las repetidas puñaladas en el vientre ya enviaron a Dominique al Más Allá. El hundirlo en el corazón y en la boca de Dominique fue puro sadismo del asesino. La policía, pese a que los periódicos afirman que sigue una importante pista, no ha encontrado huella alguna. Parece el trabajo de un profesional del crimen.

—Bien, Jacques. Sigue con lo del Consejo de Administración. Y también tras la pista del Cartier Plaqué. Puede que el asesino acuda a un perista clandestino.

Dyrek se incorporó. Al depositar la botella sobre la mesa extendió significativamente la mano derecha.

—Estoy moviendo demasiados efectivos, Patrick. Dame un anticipo a cuenta de mis honorarios.

Rouch abrió uno de los cajones de la mesa escritorio. Tendió un sobre que Jacques Dyrek no se molestó en examinar.

—Buenas noches, muchacho. Tendrás noticias mías.

Jacques Dyrek abandonó el despacho. En la antesala se despidió de Bemadette. Dirigió a la joven tan lasciva mirada que se le empañaron los cristales de las gafas.

Sí.

Bemadette volvió a sentir aquella sensación.

Los lujuriosos ojos de Dyrek parecían desnudarla.

—¡Bemadette!

La muchacha acudió a la llamada de Rouch. Éste se había incorporado para tomar la chaqueta del perchero. De uno de los cajones de la mesa extrajo un

Smith & Wesson

Bodyguard en su versión «treinta y ocho Special». Acopló el revólver bajo el cinturón.

—¿Te marchas?

—Sí, Bemadette. Y tú también puedes irte a casita. Hemos terminado por hoy.

—Jacques ha dejado una copia de la autopsia de...

—Lo sé. Ya me ha informado. Creo recordar en tu *dossier* de ayer que Pierre Vivet permaneció algún tiempo en la sucursal de la *Bouquet & Cíe*, en Lyon.

—Cuatro años. Luego fue destinado a la central de París. Aquí conoció a la hija del jefe y contrajo matrimonio.

—De eso hace ya dos años, ¿no es cierto?

—Ahá.

Comprueba el traslado de Pierre Vivet a la central de París con el cambio de domicilio de Nicole Chassains. Apuesto que abandonó Lyon poco después de Vivet.

—Eso nada significa.

—Un detalle más que añadir a otros —sonrió Rouch—. No te olvides de apagar las luces.

Cuando Patrick Rouch se situó al volante del «Cabriolet» las calles de París ya aparecían engalanadas con infinidad de multicolores luminosos de neón. Una noche más, pero diferente a otras. Siempre distinta. Con ese embrujo que sólo París proporciona. Montparnasse, los Campos Elíseos, Montmartre...

París.

Una ciudad para soñar, amar... y morir.

Un muchacho abrió la puerta.

Frisaba los veinte años de edad. Pelo abundante y rebelde que le caía despreocupadamente sobre la frente.

—¿Nicole Chassains? —inquirió Rouch.

—Ha salido, pero no tardará en regresar —sonrió cordialmente el joven—. ¿Quieres esperarla?

—Gracias.

Rouch se adentró en el apartamento.

Una puerta de doble hoja separaba el *living del salón*.

—Yo soy Julien. Hermano de Nicole. ¿Eres un compañero de la *Bouquet & Cié*?

—Mi nombre es Patrick Rouch. Detective privado. La mueca de estupor de Julien Chassains resultó cómica.

—¿Un investigador privado?

—Eso es. Investigador privado. Resulta más elegante, aunque en los telefilmes nos llaman sabuesos, busca-basura, pesquita...

—Conozco el argot —rió Julien, entusiasmado—. Sígueme.

Patrick Rouch fue casi empujado por el corredor.

Julien Chassains abrió una de las puertas.

La estancia era reducida. Correspondía a un pequeño estudio de dibujo. Un tablero rectangular, lámpara acoplada, el taburete... En una estantería se agrupaban gran cantidad de pinceles, plumas, tubos de pintura y demás elementos de dibujo. Las paredes adornadas con láminas. Temas bélicos, del lejano Oeste, personajes clásicos del Honor...

Sobre el tablero de dibujo una lámina dividida en viñetas.

—Soy dibujante de cómics —dijo Julien señalando las paredes—. Llevo poco tiempo como profesional, pero ahora tengo un importante encargo para una editorial italiana. Yo mismo realizo el guion. Gary Salkow, detective neoyorquino. Con amplias dosis de erotismo y violencia. ¡Eso es lo que se vende!

Patrick Rouch se dedicó a contemplar los dibujos de las paredes.

No estaban del todo mal, aunque faltaba seguridad en el trazo. Con el tiempo mejoraría.

Julien Chassains pareció leer el pensamiento del detective.

—Aún me falta experiencia. Mi ídolo es Richard Corben. También copio de los dibujantes españoles. Son muy...

Un mido procedente del *living cortó las palabras del muchacho*.

Se escuchó una voz femenina.

—¡Ya estoy aquí, Julien!

Patrick Rouch y el joven salieron al corredor.

—Tienes visita, Nicole —anunció Julien.

La muchacha palideció levemente al descubrir la presencia del detective.

—Hola, Nicole —sonrió Rouch, percatándose de la intranquilidad de la joven—. Pasaba por aquí y decidí terminar nuestra conversación de hoy. No te importa, ¿verdad?

—Yo vuelvo a mi trabajo —dijo Julien—. Ha sido un placer conocerte, Patrick.

Julien Chassains se introdujo en el pequeño estudio.

Nicole y Rouch continuaron en el *living*.

Mirándose a los ojos.

En un tenso silencio que fue roto por Nicole.

—De acuerdo, Patrick. Responderé a tus preguntas. Pasemos al salón.

—Gracias, Nicole. También por tutearme. Me hace sentir más joven.

La muchacha se despojó de la chaqueta a juego con la falda. Un ceñido *sweater de algodón modelaba como una segunda piel los erguidos senos. Se acomodó en el sofá cruzando las piernas.*

Patrick Rouch se sentó en el otro elemento del tresillo.

Extrajo la cajetilla de tabaco ofreciendo un cigarrillo a Nicole.

—¿Desde cuándo conoces a Pierre Vivet?

—Llevo dos años en la *Bouquet & Cié* —respondió Nicole, succionando voluptuosamente el emboquillado—. Allí conocí al señor Vivet.

Rouch chasqueó la lengua.

—Empezamos mal, Nicole. ¿Quieres que te crezca la nariz como a Pinocho? No hay que decir mentiras. Conociste a Pierre en Lyon.

La joven volvió a palidecer.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué le proteges? ¿Es tu amante... o planeaste con él asesinar a Dominique?

Nicole se incorporó.

Furiosa.

—¡No voy a tolerar tus absurdas acusaciones! ¡Ni responderé a ninguna otra pregunta!

El detective se levantó también, aunque con deliberada lentitud.

—De acuerdo, Nicole. Será el inspector Pierson quien lleve el interrogatorio. Procura no perder tu cuaderno de notas. Me refiero a la agenda donde controlas los compromisos de Pierre Vivet.

Nicole acudió al mueble-biblioteca.

Allí, junto al acoplado televisor, estaba el portafolios.

Lo abrió para extraer el cuaderno de negras tapas.

—¿Esto?

—Sí, Nicole. Busca el día siete. El día del asesinato de Dominique.

Nicole pasó las hojas del cuaderno.

—Día siete. Entrevista a las nueve con Raoul Rigaux, a las diez firma de patentes, a las once treinta acudir al Consejo de Administración y a la una almuerzo con Dominique en Le Parrain.

Patrick Rouch le arrebató el bloc.

De inmediato se percató de que no era el mismo que examinara en el despacho de Vivet. Igual tamaño, encuadernación, diseño, colorido de hojas...; pero no era el mismo.

—Te has tomado mucho trabajo, Nicole —sonrió Rouch, cerrando la agenda—. Eso de transcribir página a página un diario a otro debe ser muy aburrido.

—No te comprendo...

—Lo lamento por ti. No te creía implicada, pero ahora has demostrado tu complicidad con Pierre Vivet. Esta mañana, al quedar solo en el despacho, examiné tu bloc de notas. El día siete, había señalada una cita de Vivet con su esposa. En la Torre Eiffel. A la una. Nada significaba. Incluso me resultaba un poco absurdo que si Vivet planeaba eliminar a su esposa tuviera que recordarlo mediante su agenda de compromisos. Nada sospechoso. Pierre Vivet pudo no acudir a la cita por cualquier causa o contratiempo; pero ha cometido un grave error. El primero, al decirme que su cita con Dominique era en el restaurante Le Parrain. El segundo, y definitivo, ordenarte redactar un nuevo diario para que no figurara dato alguno relacionado con la Torre Eiffel.

Las facciones de Nicole habían adquirido la palidez de la azucena. Dejó caer el cuaderno para ocultar el rostro entre sus manos iniciando un ahogado sollozar.

—Dios mío... Él no sabe nada... Pierre no lo sabe... No me

ordenó escribir una nueva agenda. Fue decisión mía.

—¿Por qué?

Nicole alzó la mirada.

Enfrentando sus llorosos ojos a los de Rouch.

—Recordé su cita con Dominique en la Torre Eiffel. Tenía que ir luego a una fábrica cercana a Les Invalides. De ahí que se citaran en la Torre Eiffel; pero luego se aplazó esa visita. ¡Y cambió el lugar de la cita! Yo misma se lo comuniqué a Dominique. Debía reunirse con Fierre en Le Parrain. ¡A la misma hora, pero en Le Parrain!

—Supongamos que todo eso sea cierto, Nicole. Si se había cambiado el lugar de la cita, ¿qué hacía Dominique en la Torre Eiffel?

—No lo sé... no lo sé... Tal vez olvidó mi llamada.

—¿Hablaste personalmente con ella?

—Sí. Llamé al teléfono privado de su habitación. Dominique me respondió. Aún estaba en la cama. Puede que, somnolienta, no me hiciera mucho caso.

—Y acudió al primer lugar acordado. La Torre Eiffel.

—Sí...

—¿Por qué la tercera plataforma? Allí sólo suben los turistas.

—La cita era en el restaurante de la torre —aseguró Nicole—. Sin duda el asesino llevó a Dominique a la tercera planta.

—¿Por qué has cambiado la agenda?

—Fue... fue una estupidez mía. Creí que así evitaría a Pierre Vivet cualquier contratiempo con la policía. Yo aprecio al señor Vivet.

—Voy a repetir una de mis preguntas, Nicole. ¿Desde cuándo conoces a Vivet?

—He dicho la verdad. Le conocí a mi ingreso en la *Bouquet & Cié*. Siempre he contado con su comprensión y ayuda. Mi agradecimiento me impulsó a redactar una nueva agenda. Reconozco mi error. Pierre Vivet nada tiene que ocultar.

Rouch chasqueó la lengua.

—Te equivocas. Si ha ocultado su cambio de cita con Dominique. No mencionó la Torre Eiffel.

—El lógico temor a verse involucrado le hizo guardar silencio. Eso es humano, Patrick. No es la primera vez que un inocente carga con las culpas de otro. Y Pierre Vivet es inocente. Cuando mataron

a Dominique él se encontraba en...

—Por supuesto —interrumpió el detective—. No dudo que puede presentar una buena coartada; pero también resulta sencillo el contratar a un asesino a sueldo. El hombre que mató a Dominique era un profesional. La policía no ha encontrado ninguna huella.

Los carnosos labios de Nicole balbucearon trémulos. Indecisos.

—Pierre... Pierre es incapaz de...

—Hay muchos puntos oscuros, Nicole. Y ninguno favorable para Pierre Vivet. No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero resulta el sospechoso ideal. Si yo he descubierto su anulada cita con Dominique en la Torre Eiffel, la policía también lo hará. El inspector Pierson no es tan fácil de convencer.

Nicole no respondió, pero sus ojos se nublaron dejando que nuevas lágrimas surcaran sus mejillas.

CAPÍTULO VI

Josiane entreabrió la puerta.

Desconfiada.

Sin quitar la cadena de seguridad.

—Buenas noches, Josiane. Soy Patrick Rouch, detective privado. Estoy investigando la muerte de Dominique *Bouquet*.

—Sí; te he visto en la casa de los *Bouquet*. ¿Qué quieres de mí?

—Unas simples preguntas de rutina.

—No estoy de humor para preguntas. Tal vez mañana, ¿de acuerdo?

—Estaría dispuesto a compensar tu pérdida de tiempo, Josiane

—Rouch extrajo un fajo de billetes del bolsillo interior de la chaqueta. Apartó seis de cincuenta francos—. ¿Es suficiente?

Josiane no contestó, pero de inmediato procedió a quitar la cadena de seguridad.

Extendió su diestra atrapando los trescientos francos.

—Eres más generoso que la policía, Patrick.

—Rouch sonrió adentrándose en el apartamento.

—¿Te ha interrogado la policía?

—He tenido esa desgracia. El inspector Pierson es un bastardo. Me interrogó el día de la muerte de la señora *Bouquet*. Y al día siguiente volvió a interrogarme para mencionar mis antecedentes penales.

Rouch entornó los ojos.

Dirigiendo a la mujer una inquisitiva mirada.

Josiane frisaba los veinticinco años de edad. Rostro que, sin ser de gran atractivo, sí resultaba marcadamente sensual. Lucía una estampada bata anudada a la cintura.

—¿Qué tipo de antecedentes?

Josiane colocó los brazos enjarras.

A sus negros ojos asomó un destello.

—¿También tú? ¿Qué cuernos investigas? ¿La muerte de Dominique o mis antecedentes?

—Es simple curiosidad, Josiane.

La mujer avanzó por el estrecho corredor para introducirse en una de las habitaciones. Patrick Rouch fue tras ella.

La estancia correspondía al dormitorio. Mobiliario de moderno diseño. Por elementos. Josiane se sentó frente al espejo del *boudoir*.

Arrugó la nariz en gracioso mohín.

—De acuerdo. Hace seis años fui detenida por robo. Trabajaba en un club de Pigalle. Un cliente denunció que le había robado la cartera.

—Y era falso.

La mujerladeó la cabeza para mirar a, Rouch.

—¿Falso? ¡Por supuesto que le quité la cartera! Quería ir a la cárcel. Cierta grupo estaba empeñado en que formara parte de sus muchachas. Me hacían la vida imposible para que ingresara en su negocio de prostitución organizada. Cuando me soltaron dejé de interesarles. No querían a una chica con antecedentes, pero sospecharon la jugada. Dieron orden de que ningún club de París me contratara. Fue muy duro. Llegué incluso a vender enciclopedias.

—Hasta conseguir entrar al servicio de los *Bouquet*.

—Eso es.

—¿Cómo lo lograste, Josiane? Supongo que los *Bouquet* solicitarían intachables informes.

La mujer rió.

Sarcástica.

—Conmigo se hizo una excepción. Iba recomendada por Michel *Bouquet*. Un gran personaje. ¡El mayor hijo de perra! Conocí a Michel en un *party* para ejecutivos. Ya sabes cómo son esas reuniones. Un grupo de chicas alegres hacen babear a viejos hombres de negocios. Michel me sugirió entrar al servicio de los *Bouquet*. Acepté a ojos cerrados. Estaba cansada de deambular sin rumbo. Desgraciadamente el empleo me duró dos semanas. Dieciocho días para ser exactos. No pude aguantar más.

Patrick Rouch se sentó al borde del lecho.

A espaldas de la muchacha.

—¿No era bueno el empleo?

—Magnífico, Patrick. Sueldo fabuloso, buen trato al servicio, el matrimonio *Bouquet* encantador, los Vivet también...

—Queda Michel.

Josiane fijó su mirada en el espejo.

Contemplando a Rouch reflejado en el marco.

—Sí... Michel *Bouquet* fue la excepción. Ocurrió a los dos días de permanecer en la casa. Michel me sugirió que acudiera aquella noche, cuando todos se hubieran acostado, a su habitación. No me sorprendió. Incluso esperaba que aquél fuera el pago por su recomendación; pero Michel no hizo el amor conmigo. Es un perverso. Un sádico. Día tras día me sometió a sus degenerados vicios.

—¿Por qué no acudiste a la señora *Bouquet*?

Josiane rió.

En carcajada carente de alegría.

—¿Y qué conseguiría con ello? ¿Expulsaría a Michel de la casa? No, Patrick. Sería yo quien me largara. Intenté aguantar un poco más. Con la esperanza de que Michel se cansara de mí; pero lo de hoy fue demasiado. Llegué a sentir tenor. De ahí que decidiera despedirme.

—¿Estabas también al servicio de Dominique *Bouquet*?

—Sí. Ayudada por dos doncellas más. Dos mujeres de edad avanzada que llevan años en la casa. Las muchachas no permanecen mucho tiempo, Michel se encarga de ello.

—¿Qué puedes decirme de Dominique?

—Una mujer encantadora. Una gran dama. Al igual que la esposa de Claude *Bouquet*.

—¿Y las relaciones de Dominique con Piene Vivet?

—Un matrimonio ejemplar.

—¿Seguro?

—Al menos delante del servicio. Claro que yo he estado muy poco tiempo en la casa.

—Sólo queda Michel como oveja negra.

—¿Oveja? Más bien cabrito.

Rouch sonrió, divertido por el comentario de la mujer.

—No has sabido tratarle, Josiane. Son niños mimados por la fortuna. Acostumbrados a humillar al prójimo. Con sólo plantarles cara se derrumban como un castillo de naipes.

Josiane giró en el asiento.

Enfrentándose directamente a Rouch.

—Michel es diferente. Un mal bicho. Es peligroso —ante la mueca de escepticismo reflejada en el detective, Josiane se incorporó tirando del lazo de la bata—. ¿Qué dices a esto?

Josiane había abierto la bata.

Su única prenda íntima era un diminuto *slip* de calado dibujo. Dejaba muy poco para la imaginación.

Sobre el vientre de Josiane, a muy poca distancia del seductor ombligo, se dibujaban tres rojizos círculos.

—¡Son quemaduras! —exclamó la mujer—. ¡El bastardo de Michel me quemó con un cigarrillo!

Rouch se incorporó.

Aproximándose a Josiane.

Su mano derecha se posó suavemente sobre el seno izquierdo de Josiane. Deslizó el dedo índice por la línea trazada sobre la delicada piel femenina. Un trazo largo. Como un meridiano en aquel globo de erguida carne.

—¿También Michel?

Josiane afirmó.

Con leve movimiento de cabeza.

—Esta mañana. Sentí verdadero terror. Después de herirme en el pecho los ojos de Michel brillaban satánicos. Quemaduras con cigarrillos, navaja de afeitar... ¿Qué haría la próxima vez? No quise quedarme para averiguarlo. Puede que terminara en la *morgue*. Y aún soy demasiado joven para morir.

—Joven y bonita.

La mujer esbozó una sonrisa.

—Tampoco tú estás mal, Patrick. ¿Por qué no me haces compañía? Encuentro el apartamento frío. Sólo pernoctaba aquí los fines de semana. De quedarme sola posiblemente tenga pesadillas.

Patrick Rouch retrocedió hasta volver a sentarse al borde del lecho. Condujo tras de sí a Josiane. Con las manos en la cintura femenina. Las deslizó por las pronunciadas curvas de las caderas hasta tropezar con el fino encaje del *slip*.

Rouch acercó el rostro para besar el vientre de la mujer. Aquellas huellas marcadas en la piel.

Los pulgares de Rouch bajaron el elástico del *slip*.

Sus labios iniciaron un audaz descenso que hizo gemir a Josiane.

Una noche de amor.

Una más en París.

Aunque aquélla iba a ser también una noche de violencia, de sangre, de muerte...

CAPÍTULO VII

La Cheminée era uno de los clubs más elegantes de París. Mantenía el decorado y ambiente de la Belle Époque. Espejos, cuadros, candelabros, cortinajes y demás objetos de decoración rezumaban romanticismo no carente de nostalgia por los viejos tiempos.

Los números musicales eran de lo más selecto, pero lo más atractivo de La Cheminée eran sus reservados de la primera planta.

Sí.

Los reservados de La Cheminée eran muy apreciados por la alta sociedad. Extremadamente discretos y con una decoración íntima, acogedora y sensual que incitaba al placer. Parecía respirarse una atmósfera deliciosamente pecaminosa.

Todo aquello no había influido en Bruno Lemarié.

Si sus ojos brillaban lascivos no era por la decoración y voluptuoso ambiente del reservado.

Era Judith Greene la que despertaba su lujuria.

—Estamos aquí para negociar, Bruno.

Bruno Lemarié no pareció oír las palabras de la mujer. Su zurda siguió donde estaba. Sobre el muslo izquierdo de Judith. Incluso se atrevió a subir en audaz caricia.

Judith sonrió al contemplar el congestionado rostro del individuo.

Bruno Lemarié frisaba los cincuenta y cinco años de edad. Rostro redondo. Algo mofletudo. Con marcadas bolsas de carne bajo los ojos. Su respiración era entrecortada. Jadeante.

—Okay, Bruno. Juguemos un poco.

Judith se ladeó en el sofá. Aprisionando entre sus muslos la zurda de Lemarié a la vez que se inclinaba con la boca entreabierta.

Lemarié se apoderó ávidamente de los gordezuelos labios femeninos, pero fue la mujer quien llevó la iniciativa en el beso.

Un largo beso.

Ardiente.

Devorador...

No sólo los labios de Judith estaban en juego. Fue el propio Lemarié quien apartó las manos de la mujer. También él interrumpió el interminable y volcánico beso.

El rostro del individuo parecía próximo a un ataque de apoplejía.

Su jadear era convulsivo.

Judith Greene rió alargando el vaso de *whisky*.

—Un trago, Bruno. Recupera el resuello.

Lemarié obedeció.

Vació el vaso, pero aún demoró unos segundos el poder hablar.

—Salgamos de aquí, Judith. Vamos a mi *bungalow*. Allí...

—No, querido. Tus hombres me acusarían de asesinato. Tampoco Luigi me lo perdonaría.

Bruno Lemarié extrajo un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta procediendo a secar el frío sudor que perlaba su frente.

—Luigi... el viejo Luigi Martenelli. ¿Cómo le va en el infierno de Chicago?

—Bien. Ya se ha acostumbrado a la pestilente ciudad.

—Jamás debió abandonar Nueva York.

—Fue orden del Sindicato, Bruno. Y Luigi obedece. Todos obedecen. En Chicago está como jefe. Ha prosperado.

—¿Sigues con él?

—Ahá.

—¿Cómo diablos puede resistirlo? —rió Lemarié—. ¡Eres dinamita, Judith! Cuando me comunicaron que serías tú quien se haría cargo de las planchas no podía creerlo. No era trabajo para una mujer.

—Me conoces muy poco, Bruno.

—Puedo intentar conocerte más a fondo.

—Soy como una serpiente de cascabel, querido. Muy peligrosa. En todos los sentidos. Lemarié movió la cabeza.

Lentamente.

—Sí, lo sé...

—Pasemos a lo verdaderamente interesante, Bruno. Dame las planchas.

Lemarié llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo una pitillera. Rectangular. Plateada.

—Toma un cigarrillo, Judith.

La mujer iba a rechazarlo, pero al sopesar la pitillera esbozó una sonrisa.

Presionó el resorte.

La pitillera se abrió. Disponía de polvera, espejo y con capacidad para una veintena de cigarrillos.

Procedió a examinarla.

Detenidamente.

Pronto descubrió la forma de quitar las dos finas láminas que ocultaban las planchas. Los moldes para la fabricación de billetes de diez dólares.

—Original, ¿eh, Judith? Lúe idea mía. Se me ocurrió cuando supe que eras tú el enlace.

—Un feo detalle —respondió la mujer con mueca de fingido enfado—. La esperaba de oro macizo y ni tan siquiera es plata de ley. ¡Y el diseño es horroroso!

—Eso evita la posibilidad de un robo. Nadie quedará prendado de ella.

—No has debido molestarte. Viajo con pasaporte falso y tengo mis propios métodos para burlar la aduana.

—¿Cuándo regresas a Chicago?

—Mañana. En un vuelo chárter vía Londres.

—Dile a Luigi que no me pague en billetes falsos de diez dólares —rió nuevamente Lemarié—. ¡Ya he inundado Francia de ellos!

—Lo sabemos, Bruno. De ahí que te aconsejáramos la venta. De continuar un día más, la Interpol hubiera dado con vosotros. De no tratarse de una falsificación tan perfecta hubieran descubierto el pastel mucho antes.

—Tienes razón. No dudé en aceptar la proposición del Sindicato. Siempre hemos mantenido muy buenas relaciones. Máxime con el viejo Luigi de por medio.

—Y siempre pagamos bien —concluyó Judith—. Tendrás el dinero en dólares fabricados por el tío Sam.

—¿Por qué no cenamos juntos? Ya hemos cerrado el trato y...

—No, Bruno. Tú eres muy conocido en Francia. Especialmente por la policía y la Interpol. Por eso te cité aquí. No quiero que me

vean con tan mala compañía.

Rieron al unísono.

Bruno Lemarié se incorporó del sofá.

—Puede que este verano lo pase en Chicago. Quiero saludar a los viejos amigos.

—Siempre serás bien recibido, Bruno.

—Adiós, Judith.

Lemarié abandonó el reservado.

La mujer permaneció unos instantes con las planchas en la mano. Volvió a camuflarlas en la pitillera. Encendió un cigarrillo guardando seguidamente la pitillera en el bolso depositado sobre la mesa.

Se reclinó en el sofá.

Esperando a terminar el cigarrillo para marchar.

Minutos más tarde se levantaba encaminando sus pasos hacia la puerta del reservado. La hoja de madera se entreabrió antes de que Judith tocara el pomo.

Apareció un individuo.

—Se ha equivocado de reservado —dijo Judith. El hombre no respondió.

Se limitó a sonreír.

Era un individuo joven. De atractivo rostro. Con las manos enfundadas en guantes de negra piel.

CAPÍTULO VIII

Patrick Rouch frenó a poca distancia de La Cheminée.

Agentes uniformados controlaban a los curiosos. Varios coches de la policía hacían girar su luz roja sobre la capota. También una ambulancia frente a la entrada del local.

Rouch se abrió paso con dificultad.

Llegó hasta el toldo anunciador del club.

—Retroceda, por favor —ordenó uno de los policías que custodiaban la entrada—. Atrás...

—Déjele pasar, agente.

La voz surgió desde el lujoso *hall de La Cheminée*. *Pertenecía a un individuo de unos cuarenta años de edad. En su boca una pastilla de mascar.*

El policía uniformado se hizo a un lado.

Patrick Rouch se adentró.

Esperó a que el individuo de la goma de mascar terminara de conversar con tres hombres más.

—Buenas noches, Patrick. ¿Trasnochando?

—Hola, Philippe. Estoy interesado en lo ocurrido aquí.

El inspector Philippe Pierson esbozó una sonrisa.

—Lo sé. Ya he sido informado de tu visita a la casa de los *Bouquet*. Te ha contratado el viejo, ¿no?

—En efecto.

—Lo celebro. El caso parecía sencillo, pero ahora empieza a complicarse. Siempre es bueno contar contigo.

En la voz del inspector no había el menor asomo de ironía.

—¿Quién es la víctima, Philippe?

—Aún no la hemos, identificado. No te esperaba tan pronto. ¿Cómo te has enterado del suceso?

—De la forma más estúpida. Estaba en el apartamento de... de una amiga. Mientras ella se disponía a preparar una cena fría

conecté el transistor de la mesa de noche. Buscaba algo de música, pero sintonicé casualmente un boletín de noticias de alcance. Entre ellas destacaron un nuevo crimen del asesino de la Torre Eiffel. Ahora en La Cheminée.

—Y dejaste el placer por el deber.

—Yo soy así.

—Sígueme, Patrick. ¿Llegaste a cenar?

—No. Salí del apartamento como un rayo.

—Tanto mejor. Ya han vomitado varios sobre la moqueta.

En la espaciosa pista de baile y atracciones del club aún se encontraban retenidos algunos clientes. Estaban siendo interrogados por la policía. Al igual que los empleados con acceso a los reservados.

Patrick Rouch, guiado por el inspector, subió la escalera de mármol protegida por mullida alfombra.

El reservado número ocho.

Junto a la entrada dos círculos de serrerín.

No había sido exageraciones de Pierson. Más de uno había vomitado al ver el cadáver. Sí.

Había que tener mucho estómago para permanecer impasible.

Judith Greene yacía sobre la rectangular mesa del reservado. Las piernas grotescamente separadas. La cabeza y los brazos le colgaban fuera de la tabla.

Estaba bañada en sangre.

Infinidad de punzantes heridas en el vientre y pecho.

Y también en la boca.

La cabeza le colgaba haciendo que los cabellos rozaran la alfombra. De la brutal herida en la boca había manado abundante sangre resbalando por su nariz, ojos y frente. Empañando los cabellos y goteando sobre la alfombra. Los ojos de la mujer, desmesuradamente abiertos, aparecían velados por el viscoso líquido bermejo.

Patrick Rouch tragó saliva, dominándose ante la espeluznante escena.

Un equipo de expertos en dactiloscopia había dado por finalizado su trabajo. También el forense había proporcionado su preliminar informe. Sólo quedaba la orden para proceder el levantamiento del cadáver.

Rouch encendió un cigarrillo.

Con leve temblor en sus manos.

—¿Cuándo se cometió el crimen, Philippe?

—Hace aproximadamente un par de horas.

—¿Por qué la radio otorgó la paternidad del crimen al asesino de la Torre Eiffel? ¿Has dado tú esa información?

—Por supuesto que no. No he hecho declaración alguna. Ni tan siquiera he permitido el paso de los muchachos de la Prensa.

—Dos horas... Han sido muy rápidos al difundir la noticia. Alguien se ha ido de la lengua proporcionando datos a los medios de comunicación. Alguno de los empleados. Las heridas, el apuñalamiento en la boca... El mismo *modus operandi* utilizado en la muerte de Dominique *Bouquet*. Y lo han relacionado con un mismo asesino. Aun a riesgo de equivocarse.

—No se han equivocado, Patrick. El forense, con las lógicas reservas, está por asegurar que se trata de un mismo arma. Un estilete de larga hoja, cilíndrica, de iguales características al empleado en el asesinato de Dominique.

—¿No hay ninguna duda?

—Ningún empleado de la Cheminée ha informado. Ni tampoco mis hombres. La noticia llegó a los medios de comunicación por otro conducto. El asesino se encargó de ello. En un alarde de audacia y desafío.

—¿Qué quieres decir?

Las facciones del inspector Pierson se endurecieron.

—Un hombre telefoneó a la mismísima France-Press. Se identificó como el asesino de la Torre Eiffel y anunció su nuevo crimen en uno de los reservados de La Cheminée. También amenazó con cometer mañana un tercer asesinato.

La nota oficial del crimen cometido en La Cheminée, difundida a altas horas de la madrugada, no fue recibida con entusiasmo por los periodistas. Contaban con una información más directa y sensacionalista. Proporcionada por el mismísimo asesino a la AFP.

La Agencia France-Press había difundido las palabras textuales del asesino. Aparecerían al día siguiente en todos los periódicos:

«Les habla el asesino de la Torre Eiffel. He vuelto a actuar. Encontrarán el cadáver en uno de los reservados de La Cheminée. Mañana volveré a matar a otra

mujer».

Patrick Rouch tendió el papel sobre la mesa.

—¿No añadió nada más?

—¿Te parece poco? Maldita sea... Creía estar tras la pista de un vulgar ladrón y asesino; pero me temo que nos enfrentamos a un psicópata. A uno de esos locos que se dedican a desafiar a la policía.

—¿Considerabas en verdad al asesino de Dominique como un vulgar ladrón?

Philippe Pierson escupió la goma de mascar en la papelera.

—¿Por qué no? Robó el bolso de Dominique...

—Y dejó sus pendientes y sortija de oro y brillantes.

—La Torre Eiffel no es el lugar más apropiado para cometer un crimen. Mi hipótesis es que Dominique se resistió a ser robada y el asesino, nervioso, la apuñaló. Luego escapó horrorizado de su propio acto. Llevándose sólo el bolso. Con este segundo asesinato ya no sé qué pensar. Hemos identificado a la víctima. Se hospedaba en el Hotel Girault. Tenía allí su pasaporte. Margaret Foster. Norteamericana. Llegó ayer a París procedente de Chicago. Tenía proyectado salir mañana de regreso a los EE. UU. vía Londres.

—Un rápido viaje a París.

—No tan rápido, Patrick. Se ha quedado para siempre. Ya hemos comunicado con la embajada para...

Se abrió la puerta del despacho.

Un individuo en mangas de camisa se acercó visiblemente excitado. En sus manos varios papeles y fotografías.

—Hemos recibido respuesta de la Interpol, inspector. El verdadero nombre de la víctima es Judith Greene. Nacionalidad norteamericana. Residente en Chicago. Estaba vinculada a un tal Luigi Martenelli, dirigente de un clan mafioso. Judith Greene, pese a su juventud, tiene un amplio historial delictivo.

Philippe Pierson arrebató los papeles a su subordinado.

Leyó superficialmente el informe facilitado por la Interpol.

—¿Qué hay de las huellas encontradas en el reservado?

—Continuamos trabajando en ello, inspector. El empleado que sirvió en el reservado está contemplando las fotografías de nuestro archivo.

—Mantenedme al corriente de cualquier novedad.

—Sí, inspector.

El individuo se retiró.

Philippe Pierson, después de dedicar breves minutos a la lectura del informe, tendió los papeles hacia Rouch.

El inspector se incorporó iniciando un nervioso deambular por el despacho.

—¿Y bien? —inquirió al ver cómo Rouch dejaba los papeles sobre la mesa—. ¿Qué opinas?

—Los de Interpol son fabulosos. Siempre soñé con pertenecer a la Internacional Policía. Su moderno tecnicismo, su extraordinario archivo por computadoras...

—No es momento de sarcasmos, Patrick.

—¿Qué diablos quieres que te diga? Estoy tan desconcertado como tú. ¡Esto es un maldito rompecabezas! ¡Primero la hija de un importante industrial, y ahora una mujer relacionada con la Mafia norteamericana!

—Tu hipótesis también se ha ido al infierno, ¿verdad, Patrick? Centrabas tu investigación en Pierre Vivet, en Michel *Bouquet* o en un elemento cercano a la *Bouquet & Cíe*.

—Cierto. Y ahora resulta que buscamos a un psicópata que elige sus víctimas al azar.

—Será fácil darle caza.

—¿Piensas en las huellas encontradas en el reservado?

—Oh, no... Imagino que pertenecerán al acompañante de Judith Greene. El camarero lo describió como un individuo de edad, voluminoso y semi calvo. Judith ya le estaba esperando en el reservado. Luego salió antes que la mujer. Sin duda no querían ser vistos juntos. El asesino aprovechó la soledad de Judith Greene.

En el reloj del despacho sonaron las cinco horas. Una soez maldición escapó de Pierson.

—Perra noche...

Rouch se incorporó del sillón.

—Yo aún podré dormir un par de horas. Gracias por tus confidencias, Philippe.

—Siempre hemos actuado así, muchacho. Eres el único investigador privado que goza de mi confianza. No me defraudes.

—¿Qué quieres decir?

El inspector entornó los ojos.

Dirigiendo a Rouch una penetrante mirada.

—Te felicité en el caso Valois, ¿recuerdas? Luego, se descubrió que te aprovechaste de ciertas informaciones de la policía y nos ocultaste otras de tu cosecha. No actúes así ahora, Patrick. Te lo aconsejo.

—¿Consejo o amenaza?

—Lo dejo a tu elección, Patrick —sonrió el inspector, fríamente.

Rouch, después de corresponder con igual sonrisa, abandonó el despacho. Minutos más tarde salía del edificio oficial.

Fue al abrir la portezuela de su auto cuando vio aparecer al Mercedes que se estacionó a poca distancia. Descendieron dos individuos. Un tercero quedó frente al volante.

Patrick Rouch reconoció a los dos hombres que se encaminaron hacia el Departamento de Policía.

Bruno Lemarié y su fiel abogado Marcel Arthapignet.

Bruno Lemarié. Semi calvo, voluminoso, de avanzada edad...

El detective esbozó una sonrisa.

Ahí estaba el acompañante de Judith Greene. El hombre que dejó sus huellas en el reservado de La Cheminée. Lemarié, consciente de ello y conocedor del suceso, se presentaba voluntariamente al inspector Pierson. Cumpliendo su deber de honrado ciudadano.

El «Cabriolet» conducido por Paúick Rouch se alejó de la zona.

Próximo el amanecer. Las calles de París, cuando la ciudad apuraba sus últimas horas de reposo nocturno, semi desiertas. Quedaban los habituales noctámbulos de los Campos Elíseos, los bulliciosos paseantes de Pigalle, los románticos a orillas del Sena...

El recorrido hasta Montmartre fue rápido.

Patrick Rouch estacionó en Rué Larme.

Al descender del auto se cruzó con un gato negro.

Recordó el comentario del inspector Pierson.

«Pena noche».

Sí.

De permanecer en los sensuales brazos de Josiane a contemplar el cadáver de Judith.

Greene mediaba un abismo. La que iba a ser noche de placer se había convertido en investigación de un espeluznante asesinato. Una muchacha ensangrentada, el forense, interrogatorios, hipótesis...

Rouch penetró en su apartamento.

Accionó el interruptor de la luz.

Sobre la mesa del salón descubrió restos de comida y una lata de cerveza. El cenicero repleto de colillas. Todos los cigarrillos de una misma marca. Meritmenthol.

Los cigarrillos preferidos por Bemadette.

Su secretaria había estado allí, esperándole.

Patrick Rouch le había proporcionado una llave del apartamento. Y aquélla era la primera vez que Bemadette la había utilizado. Sin duda se trataba de algo importante.

Buscó alguna posible nota, pero no encontró nada.

Acudió al dormitorio.

Apenas entreabrir la puerta, con la luz procedente del salón, descubrió las medias de nylon en el suelo.

Patrick Rouch se adentró en la estancia.

Sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Vio el vestido en la silla. La casaca y los pantalones. Sobre la alfombra un sujetador de encaje. El *slip*, también de encaje calado, colgaba del saliente de la mesa de noche.

Y sobre el lecho reposaba Bemadette. Los brazos en ángulo recto sobre la almohada. La sábana cubriéndola hasta la cintura. El rítmico subir y bajar de los senos femeninos acusaban un placentero sueño.

Iba a ser un bello final para una amarga noche.

CAPÍTULO IX

El sol no llegaba a proyectar sus rayos en el interior de aquel sótano-vivienda; pero sí llegaba la luminosa claridad del nuevo día.

—Déjame, Patrick... No voy a terminar nunca.

La muchacha trataba de acoplarse el sujetador, pero las caricias de Rouch se lo impedían. Situado a espaldas de Bemadette la besó en la nuca. La atrajo contra sí cruzando los brazos sobre la cintura femenina. La diestra de Patrick Rouch subió mientras que su mano izquierda iniciaba un audaz descenso.

Bemadette se zafó encerrándose en el cuarto de baño.

Aquella reacción hizo reír a Rouch en sonora carcajada.

Abandonó el dormitorio pasando a la reducida cocina. Allí accionó el mando del aparato para la elaboración de café. Eléctricamente calentó también un recipiente de leche y preparó tostadas. Del frigorífico extrajo una pastilla de mantequilla y un bote de mermelada.

Al trasladarse con la bandeja al salón coincidió con Bemadette.

La joven vestía ya su conjunto de chaqueta y pantalón. Había improvisado un peinado recogiendo los cabellos tras la nuca.

—El desayuno está servido.

—Reconozco que no todo es negativo en ti, Patrick —sonrió Bemadette, sentándose frente a la bandeja—. Harás feliz a la mujer que se case contigo.

—¿Sólo por preparar el desayuno?

—De acuerdo, Patrick. Tienes otras... virtudes.

—Y tú eres una caja de sorpresas. Ayer, al descubrirte en mi habitación, creía estar soñando. ¡La inaccesible Bemadette!

La muchacha mojó una de las tostadas en el café con leche.

—Me cansé de esperar. Al llegar la medianoche decidí marcharme, pero me dio miedo deambular por Montmartre en busca de un taxi. Y opté por quedarme a dormir. Suponía que tú,

todo un caballero, respetarías mi sueño y ocuparías el sofá.

—Yo no soy un caballero.

—Afortunadamente.

Los dos rieron en alegre carcajada.

Patrick Rouch se sirvió una segunda taza de negro café.

—Ahora ya puedes hablar. ¿De qué se trata?

—Jacques Dyrek. Estuvo aquí, en tu despacho y finalmente en mi apartamento. Tenía algo importante, pero no consiguió dar contigo. Me pasó la información. Un tal Maurice Gasté, propietario de un comercio de compraventa, tiene el encendedor de Dominique.

—¿El Cartier Plaqué de oro?

—Con las iniciales D. B.

—¡Infiernos...! Jacques es fabuloso.

Bemadette se limpió los carnosos labios con una servilleta de papel.

—No me sorprende. Todas las furcias y bribones de París son sus confidentes.

—También los tiene en las altas esferas, Bemadette. ¿Dónde tiene el negocio ese Maurice Gasté?

—En Menilmontant. El 1203 de Rué Tissier.

—No debe ser trigo limpio. La policía habrá recorrido y alertado a todos los peristas para que comuniquen de inmediato la posible compra de los objetos perteneciente a la difunta Dominique.

—El asesino no debe ser muy inteligente. Ha dejado una importante pista en Maurice Gasté.

—También a mí me sorprende. Falto de inteligencia y de dinero. De lo contrario no se hubiera arriesgado a vender el encendedor. Hay que darle caza antes de que cometa un tercer crimen.

—¿Tercer crimen?

Rouch asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—Lo leerás en los periódicos de hoy. Una muchacha fue asesinada en uno de los reservados de La Cheminée. Un individuo telefoneó a la AFP reivindicando la muerte de Dominique y la de la joven de La Cheminée. Amenazó con cometer hoy un nuevo crimen.

—Dios mío...

Rouch consultó la esfera del reloj.

—Iré a visitar a Maurice Gasté.

—Te acompaño.

—No, Bemadette. Tú te quedas aquí o puedes ir al despacho. Es posible que Jacques quiera comunicarse conmigo. Almorzaremos juntos en el *snack* de costumbre. Alrededor de las catorce horas. ¿De acuerdo?

Sin esperar respuesta de la muchacha se inclinó besándola en la comisura de los labios.

Abandonó el apartamento.

Al acomodarse frente al volante del «Cabriolet» rebuscó en el salpicadero hasta dar con la guía de París. Abrió el callejero localizando Rué Tissier. Cerca de la avenida de Jean Jaures.

De Montmartre pasó al distrito de Villette descendiendo seguidamente hasta alcanzar Menilmontant.

Enfiló Rué Tissier consiguiendo estacionar a poca distancia de la casa señalizada con el número 1203.

En la planta baja se encontraba el establecimiento de compraventa Y en la puerta semi vidriera de entrada colgaba el cartel de «cerrado».

Patrick Rouch miró a través del cristal.

No había nadie tras el mostrador.

Su diestra hizo girar el pomo de la puerta logrando que la hoja de madera cediera al empuje.

El detective se adentró en la tienda.

El mostrador quedaba a la izquierda. Infinidad de objetos y muebles se amontonaban desordenadamente, ocupando todo el espacio posible. Figuras, cuadros, libros, muebles...

Rouch golpeó en el mostrador.

—¿Hay alguien aquí...?

Una descolorida cortina tras el mostrador ocultaba el paso a la trastienda.

El detective no dudó.

Se situó tras el mostrador apartando la cortina.

La trastienda era amplia. Allí se almacenaban los objetos más voluminosos y también los de más valor.

Patrick Rouch quedó inmóvil.

Conteniendo la respiración.

Le pareció haber oído un leve gemido.

Volvió a producirse. Ahora acompañado de un imperceptible

ruido. Como si alguien arañara en la pared.

Rouch se aproximó lentamente a un descomunal armario. De allí parecían originarse los sonidos. Apenas hacer girar la llave se abrió bruscamente la portezuela del armario. Impulsada por el cuerpo proyectado contra ella.

El cuerpo de un individuo.

Aquel cuerpo cayó pesadamente sobre el sorprendido Patrick Rouch.

Sin duda se trataba de Maurice Gasté.

Le habían disparado a quemarropa. A muy poca distancia. Así lo delataba las quemaduras que circundaban la herida.

El hombre entreabrió los ojos a la vez que movía levemente los labios.

—Soy policía —dijo Rouch, sosteniendo la cabeza del individuo—. ¿Quién le ha disparado?

—Se... se presentaron dos hombres... querían saber... quien... me vendió...

Un ronco estertor ahogó la voz de Maurice Gasté.

—¿El encendedor Cartier Plaqué? —concluyó Rouch, apremiante—. ¿Querían saber quién fue el vendedor?

—Sí... también le matarán a ella...

—¿A quién?

—Christine Broy... fue ella... ella me vendió el encendedor... van a matarla... vive cerca de aquí... en...

El segundo estertor fue acompañado de una bocanada de sangre.

—¿Dónde? ¿Dónde, maldita sea?

El detective se percató de que estaba zarandeando a un cadáver. Maurice Gasté había muerto.

Patrick Rouch salió como una exhalación. Ni tan siquiera se detuvo en cenar los desorbitados ojos de Gasté.

Sobre la calzada de Rué Tissier dirigió angustiosas miradas a izquierda y derecha. Sin saber qué hacer ni dónde encaminarse.

Descubrió a un uniformado empleado de limpieza que salía de un bar situado dos manzanas más abajo.

Corrió hacia él.

—¿Es ésta su zona? ¿Conoce a una tal Christine Broy?

El individuo sonrió.

—Seguro. No está a mi alcance, pero la conozco. Todos

conocemos a Christine.

—¿Dónde vive? ¿Dónde puedo localizarla?

—Ahora duerme, hermano. Respete su horario y busque a otra que...

—¡Responda, maldita sea! —Rouch le atrapó violentamente por las solapas—. ¿Dónde vive Christine Broy?

—Está bien... está bien... Si tanto le urge... El 1230 de esta misma calle. En el tercer piso.

Patrick Rouch soltó al hombre iniciando veloz carrera.

No subió al auto. Consciente del tiempo que perdería en sacar el vehículo del estacionamiento.

El 1230...

Acentuó aún más sus largas zancadas.

Jadeante penetró en el 1230 de Rué Tissier precipitándose hacia la estrecha escalera. Llegó al tercer piso.

Golpeó la puerta para acto seguido, sin dar tiempo a una posible respuesta, retroceder y violentar el cierre de fuerte patadón.

Al cargar sobre la puerta perdió el equilibrio trastabillando hacia el interior del apartamento.

Y aquello le salvó la vida.

La bala pasó a escasas pulgadas de su cabeza.

Pudo percibir el siniestro silbar.

Patrick Rouch, en el suelo, giró sobre sí mismo mientras su diestra iba en busca del revólver.

Aquel movimiento le hizo esquivar la segunda bala.

Su enemigo estaba al final de corredor. Apuntándole con una Super-Star con tubo silenciador acoplado al cañón.

Patrick Rouch no le dio ocasión para un tercer disparo.

Apretó el gatillo de la
«Smith & Wesson».

El individuo retrocedió violentamente al recibir el impacto en la frente. Golpeó contra la pared para seguidamente caer de bruces hacia el interior de la habitación.

El detective permaneció en el suelo.

Con el brazo extendido. El dedo índice curvado sobre el gatillo. Presto a disparar. En espera del segundo individuo.

Transcurrieron los segundos.

Tensos.

Envueltos en silencio.

Patrick Rouch se incorporó avanzando pegado a pared del corredor. Su diestra aferrando firmemente culata del revólver.

El cadáver del individuo le dificultaba el paso a habitación.

El detective inspiró profundamente para acto seguido situarse frente a la entrada. Semi encorvado. Moviendo el cañón del «Smith & Wesson» en veloz abanico.

No disparó.

El segundo individuo había desaparecido.

El abierto ventanal de la habitación delató la huida.

Patrick Rouch se aproximó asomándose con prudencia. Llegó a tiempo de ver cómo un hombre se introducía en un Citroën CX 2000 estacionado en la calle perpendicular a rue Tissier. El vehículo se alejó velozmente.

El detective giró para fijar su mirada en la mujer que yacía sobre el lecho.

—Lo lamento, Christine —murmuró Rouch, con ronca voz.

Christine Broy no contestó.

No podía hacerlo.

Se lo impedía la media de nylon que brutalmente anudaba su garganta.

CAPÍTULO X

Después de que las cámaras proyectaran los últimos fogonazos sobre Christine Broy se cubrió el cadáver con una sábana.

No era agradable ver a una mujer joven y atractiva con el rostro desencajado, los ojos desmesuradamente abiertos y la lengua asomando por entre los crispados labios.

Se deslizó por el armazón metálico, Philippe. Le vi correr hacia un Citroën CX 2000. Otro individuo esperaba al volante.

—¿Le reconociste?

Patrick Rouch denegó con un movimiento de cabeza.

—No llegué a ver su rostro.

—Poco importa. No tardaré en identificarlo —aseguró el inspector Pierson—. El muerto es Alain Vaude. Uno de los hombres de confianza de Bruno Lemarié. El encargado de abastecer de heroína a París. Lamentablemente no podemos demostrar que actuaba bajo órdenes de Lemarié. ¿Sabes que el bueno de Bruno era el acompañante de Judith Greene? Se presentó voluntariamente a declarar.

—Y ahora está en libertad.

—Por supuesto. ¿Qué cargos podía presentar contra él? Era viejo amigo de Judith Greene, se citaron, tomaron unas copas y se despidieron.

—¿Por qué ese interés de Lemarié en el asesino de la Torre Eiffel?

Philippe Pierson extrajo del bolsillo una caja de goma de mascar. Después de contemplarla unos instantes la arrojó por la ventana.

—Dame un cigarrillo, Patrick.

—Creí que te habían prohibido terminantemente fumar.

—Hay cosas que me ponen aún más enfermo —dijo el inspector, señalando hacia el cadáver de Christine—. Pobre mujer... Conocía a

Christine. Tenía una hija de cinco años interna en un colegio de Marsella. Christine frecuentaba el Departamento por atentados a la moral. Siempre, que había redada, caía Christine. Se quejaba de su mala estrella. Ahorró para comprar este apartamento y no ir con los clientes a hoteles donde son habituales las redadas de la policía. Hacía tiempo que no la veía. Creí que su mala estrella había cambiado; pero no es así. Le ha acompañado hasta el final.

—Intenté impedirlo, Philippe. Ni tan siquiera te llamé desde la tienda de Maurice Gasté. No quería perder ningún segundo.

—Ayer uno de mis hombres habló personalmente con Maurice Gasté. Le mostró un Cartier Plaqué igual al de Dominique *Bouquet*. Y Gasté negó haber comprado nada. ¿Por qué, maldita sea? ¿Por qué no acuden a la policía?

—Son cientos los que compran objetos robados o procedentes de actos delictivos.

—Ya no me refiero únicamente a Maurice Gasté. Tú llegaste hasta él mediante tus propias fuentes de información. Tus confidentes habituales. También los hombres de Bruno Lemarié dieron con la pista. ¿Y nosotros? ¿Qué ocurre con los soplones de la policía? Yo te lo diré, Patrick. No les pagamos bien. No quieren comprometerse por un puñado de francos o por vulgar trato de favor. Prefieren prestar sus servicios al hampa. ¡Estamos podridos!

—No has respondido a mi anterior pregunta, Philippe. ¿Por qué crees que Lemarié se interesa en el asesino de la Torre Eiffel?

El inspector succionó el cigarrillo.

Nerviosamente.

—¡No lo sé! Esto se complica día a día.

—Puede que entre los libros secretos de Maurice Gasté se encuentre algo.

—Mis hombres están poniendo la tienda patas arriba. De seguro encontrarán un registro de las compras ilegales. ¿Y qué? Figurará Christine como la vendedora del encendedor; pero no fue ella quien mató a Dominique *Bouquet*.

—Lo más lógico es que el asesino fuera un cliente de Christine. Le regaló el encendedor, lo dejó olvidado o lo perdió aquí. Y Christine, ajena a todo, lo vendió a Gasté.

—Sí. Ésa es también mi hipótesis.

—Un posible diario de Christine nos sería de gran ayuda. Puede

que anotara los nombres de los clientes habituales o...

Pierson profirió una soez maldición.

—¿Quién crees que era Christine? ¿Una ramera de la alta sociedad? Cierto que era relativamente joven, atractiva y se hacía cotizar; pero no hasta el extremo de llevar una contabilidad. Eso queda para las furcias de lujo. ¡Echa un vistazo! Ahorraba hasta el último franco para poder retirarse, montar un pequeño negocio en Marsella y vivir con su hija.

Patrick Rouch ya había inspeccionado el apartamento.

Reducido, con escaso y modesto mobiliario. Sólo el dormitorio, por ser el lugar de cita con sus clientes, ofrecía un distinto decorado. La cama, mesa de noche y armario en un diseño alegre y frívolo. Con juego de luces rojas en el cabezal. Pequeño mueble-bar con tocadiscos y televisor a color. Cuatro cuadros adornaban la pared de la cama. Cuatro dibujos marcadamente pornográficos. A una sola tinta. Cada uno de ellos mostraba una pareja realizando el acto sexual.

—¿Me necesitas para algo, Philippe?

—¡Vete al diablo!

—Gracias, Philippe.

Rouch avanzó hacia la puerta.

—Patrick...

—¿Sí?

—No te olvides de pasar por mi despacho. Tienes que firmar tu declaración. Te espero esta misma tarde. A última hora —el inspector desvió la mirada hacia el cadáver—. Aún me queda mucho trabajo por hacer.

—No me has comentado la autopsia de Judith Greene.

—No fue infarto.

Rouch esbozó una sonrisa, comprendiendo y disculpando el sarcasmo de Pierson.

—¿El mismo arma homicida?

—Ah... ¿Te referías a eso? Sí, Patrick. Nuestro equipo de laboratorio lo ha confirmado plenamente. El mismo arma. ¿Dudabas de que Dominique y Judith no fueran víctimas de un mismo asesino?

—Ya no, Philippe. Después de la muerte de Christine Broy ya no tengo ninguna duda. Hasta pronto.

El detective abandonó la estancia.

Fue al salir del apartamento cuando Philippe Pierson le dio alcance reteniéndole por el brazo y obligándole a girar.

—Sé que no eres amigo de consejos, Patrick; pero vas a oír el mío. Estoy investigando tres asesinatos. Tres mujeres muertas en muy pocos días. Si tienes alguna sospecha, por leve que sea, tu deber es comunicármela.

—¿Sospecha? Sospecho del grupo de Lemarié, de Pierre Vivet, de Michel *Bouquet*, de un psicópata desconocido... ¿Qué puedo decirte? Lo que necesitas son pruebas.

Pierson empujó los ojos.

Fijos en el detective.

—De acuerdo, muchacho. Recuerda que te lo advertí.

El inspector retomó al apartamento.

Patrick Rouch quedó unos instantes inmóvil. Luego, lentamente, inició el descenso de la escalera.

¿Sospechas?

No.

Patrick Rouch ya casi tenía la certeza de conocer la identidad del asesino.

El «Cabriolet» estaba estacionado en la frontal a 771 de Rué Salles. Un edificio colmena destinado a apartamentos y oficinas comerciales.

Patrick Rouch, acomodado frente al volante, consultó por enésima vez la esfera del reloj.

Ya no llegaba a su cita con Bemadette. No le dio mucha importancia. Su bella secretaria estaba acostumbrada.

Encendió un nuevo cigarrillo.

Fue a los quince minutos.

Pierre Vivet salió del 771 de Rué Salles. Después de mirar a izquierda y derecha avanzó hacia un Ford aparcado a poca distancia.

Patrick Rouch no hizo ademán de seguirle.

Una enigmática sonrisa asomó a sus labios cuando vio alejarse el Ford.

Esperó.

Llevaba allí más de una hora, pero había obtenido el resultado apetecido. A los siete minutos de la salida de Pierre Vivet, apareció

Nicole.

La muchacha lucía un conjunto de falda recta y chaqueta con cuello-solapa sobre blusa a juego. En bandolera un bolso de piel.

Nicole señaló un taxi sin percatarse de que llevaba ocupante en el asiento posterior.

El «Cabriolet» frenó con estridente chirriar, sobresaltando a la joven.

—Hola, Nicole —sonrió Rouch, alargando la diestra para abrir la portezuela—. Sube.

La súbita palidez que se apoderó de Nicole no empañó la belleza de su rostro. Forzó una sonrisa aceptando la invitación.

—Gracias... a estas horas es difícil conseguir un taxi.

—¿Dónde te llevo?

—Voy a casa, pero no es necesario que te molestes. Bajaré en Place de la Trinité, Si no encuentro taxi tomaré el metro. No tengo prisa. Por hoy ya he terminado mi jornada laboral. Voy a almorzar con mi hermano y...

—Pierre no fue muy correcto —interrumpió Rouch, con la mirada fija en el cristal delantero—. Debí llevarte en su Ford.

—¿Qué quieres decir?

Patrick Rouch sí desvió ahora sus ojos hacia la muchacha.

En fugaz mirada.

La palidez se había acentuado en Nicole. Incluso sus manos no ocultaban un ligero temblor.

—Es ridículo seguir jugando conmigo, Nicole. Llevo más de una hora frente al 771 de Rué Salles. Ahí tiene Pierre Vivet su piso de soltero. Apartamento que no dejó después de su boda con Dominique. Le he visto salir. Minutos antes que tú. ¿Es ese vuestro oculto nido de amor?

—Te has pasado de listo, Patrick —rió nerviosamente Nicole—. En el 771 de Rué Salles están las oficinas de *Louvert Boutique*. Uno de los mejores clientes de la *Bouquet & Cié*. Fui para hablar con Max Labros, el delegado de compras. Me comunicaron que no estaba y decidí esperar en el restaurante de la terraza.

—Es triste ver brotar mentiras en labios tan bonitos.

—Para aquí, Patrick. No quiero seguir.

Rouch apretó a fondo el acelerador para salvar un semáforo próximo a cambiar. No aminoró la marcha.

—Estoy investigando tu estancia en Lyon. ¿Sabías que Pierre Vivet trabajó allí? Curioso, ¿verdad? En la sucursal de la *Bouquet & Cié*. Después le trasladaron a la central de París. Y al poco tiempo llegabas tú. Apuesto que en Lyon, dado que no había nada que ocultar, será fácil descubrir que tú y Pierre...

—¡Sí! ¡Es cierto! —Casi gritó Nicole—. ¡Conocí a Pierre en Lyon! Nos enamoramos. Fue él quien me hizo llamar y solapadamente influyó en mi ingreso en la *Bouquet & Cié*. Yo ignoraba que había contraído matrimonio con Dominique. De saberlo no hubiera abandonado Lyon. Incluso quise regresar al conocer su boda, pero me convenció. Dijo que aquélla era la gran oportunidad de su vida. Su meta era escalar altos cargos en la *Bouquet & Cié* y luego pedir el divorcio a Dominique.

—Te engañó.

Los labios de Nicole dibujaron una triste sonrisa.

—No del todo. Pierre seguía enamorado de mí. Jamás ha dejado de quererme. Al igual que yo. Ocurre que Pierre es demasiado ambicioso. Me prometió un plazo máximo de un año para solicitar el divorcio a Dominique. No lo cumplió. Quería llegar más alto. Divorciarse de Dominique significaba ser relegado como vulgar director a la más perdida de las sucursales. Me suplicó un año más de espera. Dos años largos de citas clandestinas, ocultando nuestro amor... No lo podía soportar por más tiempo y le di un ultimátum. De no divorciarse de Dominique, abandonaría París. Me marcharía para siempre.

—Y Dominique es asesinada.

—¡Ese crimen es ajeno a Pierre!

—¿Y a ti? ¿También te es ajeno?

Nicole parpadeó.

Su asombro parecía real.

—¿Insinúas...? ¿Insinúas que yo...?

—Dominique era vuestro único obstáculo. Ya nada se opondría a vuestro amor. Por unos pocos francos se puede contratar a un asesino a sueldo en los barrios bajos de París.

—¿Un asesinato... para conseguir el amor? No, Patrick. No se mantendría. El remordimiento acabaría con él. Prefiero el recuerdo. Un bello recuerdo antes que un amor oscurecido por la sangre.

Habían llegado frente al domicilio de Nicole.

Los ojos de la muchacha se habían nublado.

Difícilmente contenía las lágrimas.

—Discúlpame, Nicole.

—¿Por qué? El marido, la mujer, la amante... El clásico triángulo. Y dos sospechosos lógicos. A dúo o por separado.

—Tú serías incapaz de matar, Nicole. Los ángeles no matan.

La joven trató de sonreír.

—Pierre tampoco sería capaz. Apreciaba a Dominique. Lo sé. Ya no era su ambición la que le impedía romper el matrimonio. No quería causar daño a Dominique. Cada día eran más tensas nuestras relaciones. Éramos conscientes del engaño a Dominique.

—Es imposible definir las reacciones del ser humano, Nicole. Ni aun conociéndolo bien. Su maldad puede llegar a extremos insospechados.

—Te equivocas al sospechar de Pierre. Además... se ha cometido un segundo crimen. Un hombre, que asegura ser el asesino de la Torre Eiffel, se ha confesado autor. ¿Por qué sigues acosándonos?

—Es mi trabajo, Nicole.

—Pero somos inocentes. ¡Pierre y yo! Puedes hacerme todo tipo de preguntas. Ahora te responderé con toda sinceridad. Sube. Almorzaremos juntos, ¿de acuerdo?

Patrick Rouch asintió con una sonrisa.

Descendieron del auto.

Ya en el elevador Nicole buscó las llaves en el bolso.

—Mi hermano aún no estará en casa... No acostumbro a almorzar con él, pero hoy lo hemos acordado. Está desmoralizado. La editorial italiana le ha rechazado el trabajo. Terminará por aceptar un empleo que le ha ofrecido Pierre en la *Bouquet & Cié*.

Abandonaron la cabina.

Nicole introdujo la llave en la cerradura.

—Oye, Nicole... ¿Te ha pedido Pierre que te cases con él?

La muchacha alzó el rostro.

Enfrentando su mirada a los inexpresivos ojos de Rouch.

—Sí. Y he aceptado, Patrick. Dejaremos transcurrir algún tiempo antes de anunciar la boda.

Pasaron al apartamento.

Una música les llegó procedente del salón.

—Ya está aquí Julien —comentó Nicole, deslizando la doble

hoja de entrada al salón—. Creí que...

Nicole enmudeció. No era Julien.

Tres individuos se acomodaban frente al encendido televisor.

Muy sonrientes.

Patrick Rouch reconoció a uno de ellos.

Era Bruno Lemarié.

CAPÍTULO XI

Los dos acompañantes de Bruno Lemarié iban armados. Ambos con una automática alemana «Walter» calibre veintidós.

—En pie, François. Presenta nuestros respetos al señor Rouch —dijo Lemarié, desde el sofá—. Tú también, Gerard.

Los llamados François y Gerard se incorporaron al unísono.

Ninguno de ellos había desviado el cañón de su arma de Patrick Rouch.

Gerard fue el primero en llegar. Cacheó minuciosamente al detective arrebatándole el revólver que tendió a su compañero.

—Mis saludos, señor Rouch.

Las palabras del individuo fueron acompañadas de un violento trallazo al costado izquierdo de Rouch. Con el cañón de la «Walter».

François Libert acarició la automática.

Significativamente.

Esperando una reacción en Patrick Rouch que no se produjo. No era un suicida.

—¿Qué... qué significa esto? —inquirió Nicole, perpleja—. ¿Quiénes son ustedes? Bruno Lemarié aminoró el volumen del televisor utilizando el mando a distancia.

—Buenos días, Nicole. Esto es una pequeña sorpresa.

—Estamos esperando a tu hermanito. Aunque... tal vez tú puedas ayudarnos.

—¿A Julien...? ¡No... no comprendo...!

—¿No planeaste con tu hermanito la muerte de Dominique? —Al ver el estupor reflejado en Nicole, añadió—: Me temo que no. No importa. Seguiremos esperando a Julien.

—¡Avisaré a la policía!

Nicole se precipitó hacia el teléfono depositado sobre uno de los muebles.

Gerard Chapot no sólo le cortó el paso, sino que añadió un revés

al rostro de la muchacha.

Nicole retrocedió hasta caer en uno de los sillones. La falda subió mostrando generosamente los esbeltos muslos femeninos.

—No seas estúpida, niña —aconsejó Lemarié—. Toma ejemplo del audaz detective. ¿Me conoces, Rouch?

—Seguro. Eres el bastardo número uno de Francia.

Lemarié rió a carcajadas.

—Correcto. Premio para el caballero.

François Libert fue el encargado de dar el premio. Un culatazo en la boca del estómago que hizo doblar a Rouch.

—Me resultas simpático, Rouch —dijo Bruno Lemarié—. También eres inteligente. Lo demuestra el...

—¡Eh, jefe! —exclamó Gerard Chapot señalando hacia el televisor—. ¡Es Dominique *Bouquet*!

Se había interrumpido el programa musical. Un locutor apareció en pantalla para de inmediato ser sustituido por una fotografía de Dominique. Siguió otra de Judith Greene.

Lemarié accionó el mando del volumen.

Sonó la voz del locutor.

—... Y el tercer crimen fue comunicado igualmente a la France Press. Lo que en principio se creyó una macabra amenaza ha resultado trágicamente cierto. Una tercera víctima del asesino de la Torre Eiffel. Otra mujer. No podemos adelantarles más datos en esta noticia de alcance. La policía ya ha llegado al lugar indicado por el asesino: Jardín des Tuilleries. Les mantendremos informados.

Bruno Lemarié desconectó el televisor.

Sacudió la cabeza.

—¡Infiernos! ¿Qué se propone tu condenado hermano, Nicole?

—Esto... es... es absurdo —tartamudeó Nicole—. Mi hermano no...

—¿No le has dicho nada, Rouch? —interrumpió Lemarié—. Apuesto que tú sí sospechas de Julien Chassains. Sé que te ha contratado el viejo *Bouquet*. Estoy al corriente de todo.

—Tú lo has dicho, Bruno. Simples sospechas. Nada significa que Julien fuera amigo de Christine. Puede tratarse de una simple coincidencia. El que Julien dibujara aquellos cuadros como para Christine no le relaciona forzosamente con el Cartier Plaqué.

—¿Dibujos?

—Había cuadros marranos en la habitación de Christine —rió Gerard Chapot—. No les prestamos mucha atención, jefe. Ya teníamos el nombre de Julien Chassains. Christine nos lo dijo muy amablemente. No le regaló el encendedor. Julien lo perdió en el apartamento.

—¿Y tú has llegado hasta Julien por la pista de unos simples dibujos? —dijo Lemarié con exagerada admiración—. Te felicito, Rouch.

—No estaba seguro. Los trazos en el dibujo me resultaban familiares. Únicamente quería compararlos con los de Julien.

—Ya no es necesario. Gerard y Alain sacaron la verdad a Christine. Por cierto, lo que has hecho al pobre Alain no me ha gustado.

—¿Por qué te interesa tanto el caso, Bruno? Estás arriesgando mucho.

Lemarié asintió.

Borrando la sonrisa de su rostro.

—Poco importa el riesgo que pueda correr con la policía. Sólo me interesa recuperar cierto objeto que Judith Greene llevaba en su poder. Según mis informes el asesino, ese idiota de Julien, le arrebató el bolso y...

—¡Mi hermano no es un asesino! —gritó Nicole, que hasta entonces había permanecido como hipnotizada—. ¡No es un asesino!

—Si no cierras la boca haré que...

Un ruido en el *living* interrumpió a Lemarié.

Hizo una seña a Chapot.

—Debe ser...

—Sí, Gerard —sonrió Lemarié—. Ve a recibirle. Llega el bueno de Julien.

Julien Chasains estaba atado a una de las sillas del salón.

Los puños de François Libert se proyectaban una y otra vez sobre el rostro del muchacho, con estudiada precisión.

Sí.

Eran propinados por un experto.

François Libert conocía todos los trucos. Todos los golpes sucios. Y también conocía todas las prisiones de Francia.

—Un momento, François —Lemarié se adelantó para atrapar los

cabellos de Julien obligándole a alzar la cabeza—. ¿Puedes oírme, estúpido?

Julien intentó abrir los ojos.

Sólo consiguió ver por el derecho. El izquierdo estaba demasiado hinchado. La nariz sangrante. Al igual que los labios.

Tampoco logró hablar.

Los golpes recibidos en el hígado, estómago y costado le dificultaban la respiración.

—Eres un poco bestia, François —dijo Lemarié, chasqueando la lengua—. Casi me lo envías al Más Allá. Dame la botella de *whisky*.

Libert se encaminó al mueble-bar.

Evitando pasar entre Patrick Rouch y Gerard Chapot. No quería romper la línea de tiro establecida por su compañero que no cesaba de encañonar al detective.

Bruno Lemarié aplicó el gollete de la botella a labios de Julien. El líquido resbaló por la barbilla entremezclándose con la sangre.

Julien pareció reaccionar.

—Hijos de perra...

—¡Bien, muchacho! —Aplaudió Lemarié—. Ahora que ya conoces nuestros métodos responderás con más sensatez a las preguntas, ¿verdad? No nos importan tus manías, Julien. Eres muy libre de ir asesinando mujeres por ahí y fanfarronear en la France Press. Incluso te perdono el que liquidaras a una mujer tan encantadora como Judith. Yo sólo quiero la pitillera. La pitillera que Judith tenía en su bolso. ¡El bolso que tú te llevaste, bastardo!

—Estáis locos... yo no sé nada...

—Hemos encontrado en tus bolsillos más de dos mil francos. ¿Es tu botín de hoy? ¿Los tenía la mujer del Jardín des Tuilleries?

—Los gané a la ruleta...

—¡Y un cuerno! ¿Qué diablos pretendes, idiota? ¿Morir a manos de François? En esa pitillera iban camufladas unas planchas para la fabricación de billetes de diez dólares. Ya tenía comprador. ¡Un jefe del Sindicato norteamericano! ¿Comprendes ahora?

—Yo sí comprendo —sonrió Rouch—. Es un buen tinco, Bruno; pero en Chicago no picarán el anzuelo. Un asesino misterioso que se dedica a liquidar mujeres. Dominique *Bouquet*, Judith Greene, una tercera... Todo ello para encubrir una sola muerte. La de Judith. Tú te quedas con las planchas y, ya cerrado el trato con Judith, esperas

que el Sindicato pague lo acordado. Negocio redondo.

Lemarié enrojeció.

—¿Insinúas que yo...?

—Sí, Bruno. Una cortina de humo para que no te relacionen con la muerte de Judith.

—Gerard.

—¿Sí, jefe?

—Ciérrale la boca para siempre.

—Nadie creerá eso, jefe. En Chicago no...

—¡Sí, maldita sea! —vociferó Lemarié—. ¡Sí lo creerán! ¡Y todo por culpa de este loco! ¿Dónde está la pitillera? ¡Responde!

Bruno Lemarié, fuera de sí, empezó a golpear el rostro de Julien.

—Ya basta, por Dios... —intervino Nicole, que había presenciado el castigo entre ahogados sollozos—. Están equivocados... mi hermano no...

Libert avanzó amenazador.

—Te hemos prohibido hablar, muñeca.

—¡No la toque! —gritó Julien, súbitamente—. ¡No la toques, perro!

Todos dirigieron a Julien perplejas miradas. Bruno Lemarié comenzó a reír suavemente.

—Muchachos... hemos cometido un grave error. El tal Julien nos ha demostrado ser un tipo duro. Es mejor interrogar a su bella hermanita. Y lo haré yo personalmente. Será un verdadero placer.

—¡No te atrevas! —exclamó Julien debatiéndose en la silla—. ¡No la toques! ¡Soltadme, malditos!

Lemarié, sin dejar de reír, se aproximó a la muchacha.

Nicole estaba en uno de los sillones.

Intentó incorporarse, pero Bruno Lemarié se abalanzó sobre ella atenazándola por los cabellos y tirando hacia atrás. Recostándola en el sillón.

—Eres muy bonita, nena —jadeó Lemarié, mientras su diestra manipulaba en los botones de la blusa femenina—. De inmediato me percaté de ello.

—¡Déjala...! ¡Déjala!

Los desgarradores gritos de Julien hacían sonreír aún más a Lemarié.

Patrick Rouch apretó con fuerza las mandíbulas, dominando su

ira. Esperando el menor descuido en la implacable vigilancia de Gerard Chapot.

Bruno Lemarié introdujo su mano derecha por la abierta blusa. Muy lentamente. Acariciando los senos femeninos. Tiró del sujetador haciendo saltar el cierre.

Su diestra aprisionó ahora el seno izquierdo de Nicole.

Con fuerza.

Un grito de dolor brotó de Nicole.

Casi confundido con la voz de Julien.

—¡Basta!... ¡Ya basta!... Sí... Yo soy el asesino de la Torre Eiffel... Yo soy el asesino...

CAPÍTULO XII

Los sollozos de Nicole dificultaban sus palabras.

—No te creerán, Julien... De nada sirve que te confieses autor de crímenes que no has cometido. Ellos buscan algo que tú no puedes darles.

Julien forzó una sonrisa.

De sus agrietados labios brotó un hilillo de sangre.

—No es mentira, Nicole. Yo soy realmente el asesino de la Torre Eiffel.

La joven agrandó los ojos.

Reflejando en su rostro una indescriptible mueca.

—No es cierto... tú no...

—Sí, Nicole. Lo hice por ti. Por nosotros. No podía consentir que dejaras a Pierre. Era tu gran amor. Destrozarías tu vida... y también nuestro futuro. Yo soy un fracasado. Jamás destacaré como dibujante. Compartías tu sueldo conmigo. Una mísera cantidad, pero como esposa de Pierre Vivet todo sería distinto. Él ocupa un alto cargo en la *Bouquet & Cía*. Tiene mucho dinero. Y me aprecia. Estaría con vosotros. Dejaríamos este apartamento... Todo será distinto al casarte con Pierre.

—Dios mío, no... no...

Julien no pareció oír las súplicas de su hermana.

—Tenía que hacerlo. Él jamás se hubiera divorciado de Dominique. De ahí que planeara el matarla. Me fue sencillo. Tú llamaste a Dominique desde aquí, ¿recuerdas? Anulando la cita de la Torre Eiffel. Apenas marcharte, telefoneé yo haciéndome pasar por el ayudante de Pierre. Nueva contraorden. La cita se mantenía en la Torre Eiffel. En la última plataforma. Y allí encontré a Dominique. Con su muerte nada se opondría entre tú y Pierre. No pensaba seguir matando, Nicole; pero Pierre se presentó como principal sospechoso. Si la policía investigaba a fondo descubriría

vuestro noviazgo en Lyon, vuestros ocultos encuentros en París... Le culparían del asesinato de Dominique. O tal vez tú fueras acusada. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de un psicópata asesino. Un loco que anuncia sus crímenes. Tomaría precauciones. Ninguna huella. Como uno de mis asesinos del comic.

Julien hizo una pausa.

Fijó su mirada en Patrick Rouch.

—Patrick dio en la diana, aunque se equivocó de blanco. El plan era mío y no de Bruno Lemarié. Varias muertes para ocultar la de Dominique. Una cortina de humo para la policía. Llegado al cuarto asesinato anunciaría mi desaparición. La policía terminaría por archivar el caso. Y la muerte de Dominique no se relacionaría con Pierre ni contigo.

—No es verdad, no es verdad...

—¿Qué importan unas cuantas vidas a cambio de la felicidad, Nicole? Tu felicidad. ¿Acaso has olvidado nuestra vida en Lyon? Desprecios, humillaciones, deudas... Yo he continuado sufriendo en París. Mis dibujos rechazados una y otra vez. Con Pierre todo sería distinto. Él tiene dinero y...

—¡Ya es suficiente, maldita sea! —gritó Lemarié—. De acuerdo, Julien. Eres un gran tipo. Y ahora vamos a lo mío. ¿Qué hay de la pitillera?

—Búscala en las alcantarillas de París.

Lemarié palideció.

—¿Es una broma?

—No soy un estúpido, Bruno. Dominique iba cargada de joyas, pero me limité a coger su bolso de mano. Sólo me quedé con el dinero arrojando lo demás por las alcantarillas, pero un capricho infantil me hizo guardar el encendedor. Lo perdí en casa de Christine. El bolso de esa tal Judith, a excepción de los dólares y francos, fue igualmente a las alcantarillas. Es mi método. Nada que pueda comprometer. Copio de los profesionales de ficción.

—¡Mientes! ¡La pitillera contenía planchas de gran valor!

—Yo ignoraba eso, Bruno. La pitillera era ridícula. Me quedé con el dinero. El dinero no compromete.

Lemarié sacudió la cabeza.

Incapaz de reaccionar.

—Las alcantarillas... no... no es posible...

—Sí, Bruno, Todo a las alcantarillas. Ahí, en ese llavero que me has arrebatado de los bolsillos, está el llavín correspondiente a la taquilla de la Agencia Crauchet. En ella guardo unos guantes de piel y el estilete empleado como arma homicida. De esconder botín sería allí, ¿no es cierto? Pues sólo encontrarás unos guantes y...

—¡Maldito idiota!... ¡Maldito sea!... ¡Matarle!... —gritó Lemarié con el rostro congestionado—. ¡Acribillarle!

Libert y Chapot se dispusieron a cumplir la orden.

Nicole corrió hacia su hermano. Abrazándose a él.

Protegiéndole con su cuerpo.

—¡No!... ¡No!... ¡Julien!

Los dos impactos alcanzaron a Nicole en la espalda.

Julien pudo percibirlos al sentir el estremecer de Nicole. Ésta fue deslizándose lentamente aferrada al cuello de su hermano. Terminó por caer a sus pies. Aún abrazada a Julien.

—¡Nicole!... ¡Nicole!... ¡Malditos! —La desesperación de Julien le hizo agitarse en la silla—. ¡Nicole!

La reacción de Patrick Rouch fue más positiva.

Apenas Gerard Chapot hubo desviado el cañón para disparar sobre Julien, el detective efectuó el ataque.

Un patadón al bajo vientre de Chapot.

Brutal.

Alcanzándole de lleno en los testículos.

Patrick Rouch no le dio tregua. Un mortífero golpe de karate tías la oreja izquierda hizo caer definitivamente a Chapot.

La pistola pasó a poder del detective.

—¡Cuidado, François! —alertó Lemarié, percatándose de la rápida acción de Rouch—. ¡Dispara!

Dos detonaciones.

Casi al unísono.

Confundiéndose en una.

Y una fue la bala que llegó a su destino.

Patrick Rouch, rodilla en tierra, mantuvo firmemente la humeante «Walter». Esperando a que François Libert terminara su macabra danza. El balazo le había alcanzado en el pecho. Muy cerca del corazón. Tras vacilantes pasos cayó de bruces.

Rouch se incorporó.

Encañonando a Lemarié.

—Oiga, Rouch... Puedo hacerle rico... Le daré...

Patrick Rouch proyectó el cañón del arma sobre el rostro de Lemarié. En salvaje trallazo que hizo desplomar al individuo sin un solo gemido.

El detective se inclinó ahora sobre Nicole.

Cerró con suavidad los desorbitados ojos de la mu chacha.

—La han matado... la han matado —sollozaba Julien—. Malditos...

Patrick Rouch le dirigió una mirada de desprecio.

—Tú la has matado, Julien. Pasarás a la historia del crimen como el asesino de la Torre Eiffel. También figurará el nombre de tus tres víctimas, pero sobre tu sucia conciencia pesará igualmente el nombre de Nicole. Espero que te atormente día y noche. Que no encuentres un segundo de paz en el resto de tu vida, Julien.

EPÍLOGO

Bemadette le zarandeó una y otra vez.

—¡Patrick...! ¡Despierta!

—Déjame...

—Ya son las ocho. Y a las diez te ha citado el Comité de Investigación.

—¡Al diablo con ellos! —replicó Rouch, con somnolienta voz—. Al diablo con todo.

—¿Con todo?

La muchacha se había recostado sobre Rouch. Los gordezuelos labios buscaron la boca del detective. Luego descendieron por el desnudo torso.

Rouch reaccionó.

Despertando por completo.

Correspondiendo a las caricias femeninas, a los besos...

Unieron sus cuerpos en una vorágine de desenfrenada pasión.

Cuando Bemadette atrapó la cajetilla de tabaco depositada sobre la mesa de noche no pudo evitar una alegre carcajada.

—Ocho y treinta minutos, Patrick. Llegarás tarde.

—Dame un cigarrillo.

Bemadette succionó el emboquillado para acto seguido depositarlo en los labios del detective.

—¿Qué te ocurre? ¿Preocupado?

—En absoluto. Me importa muy poco el dictamen de ese Comité de Investigación.

—Creí que Philippe Pierson era amigo tuyo.

—Lo es.

—Partió del inspector Pierson el someterte a investigación.

—Philippe es un buen profesional. No se mostró muy conforme con mi modo de actuar y cursó la oportuna orden de investigación contra mí. De nada pueden culparme. No te preocupes. Conservaré

mi licencia y tú el empleo de secretaria.

—Ahora que lo mencionas... voy a presentar mi dimisión.

Rouch arqueó las cejas.

Se ladeó arrojando el cigarrillo. Descansó el brazo derecho sobre la cintura femenina.

—¿Es una broma?

—No, Patrick. Durante meses he resistido a tu acoso, pero he terminado por enamorarme de ti.

—También yo...

—Déjame seguir. No hay que mezclar el trabajo con el placer. Tú el jefe y yo la secretaria. Si mantenemos estas relaciones terminaremos mal o en matrimonio.

Rouch dio un respingo.

—No seas tan trágica.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco, Bemadette. No quiero separarme de ti. Nos vamos a tomar unas vacaciones. España, Italia o los EE. UU. El señor Claude *Bouquet* ha sido muy generoso.

—No lo ha sido con Pierre Vivet. Le ha despedido. No es justo que...

—El mundo está lleno de injusticias —dijo Rouch, sonriente—; pero olvidemos a *Bouquet*, Vivet... y lo demás. No quiero hablar de ello. Quiero olvidar este triste caso. Y tú puedes ayudarme, Bemadette.

—Sí, Patrick.

La mano derecha de Rouch acarició el liso vientre hasta llegar a la seductora turgencia de los senos femeninos.

Buscó de nuevo los carnosos labios de Bernadette.

Sí.

Patrick Rouch llegaría tarde a su cita con el Comité de Investigación.

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

